

115
1 2 ej.



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

CAMPUS IZTACALA

**MUERTE Y CONSTRUCCION DE LA
REALIDAD FAMILIAR**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A :
ALEXIS IBARRA MARTINEZ

ASESORES: MTRA. LUZ DE LOURDES EGUILUZ ROMO
LIC. IRMA ALARCON DELGADO
LIC. ROQUE OLIVARES VAZQUEZ

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

258918

1998



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

En esta tesis hablo acerca de la capacidad de los seres humanos para convertir sus experiencias, sus ideas y su vida en historias o relatos. En este caso, agradezco a Luz de Lourdes Eguiluz la asesoría que me permitió transformar mis ideas en este relato. También agradezco las reflexiones de Irma Alarcón y Roque Olivares que hicieron posible enriquecerlo.

ÍNDICE

RESUMEN.	6
INTRODUCCIÓN.	8
1.CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD: BASES EPISTEMOLÓGICAS Y SISTÉMICAS.	15
1.1. Bases epistemológicas.	16
1.1.1 La epistemología constructivista.	16
1.1.2. La objetividad en el constructivismo.	17
1.1.3. El conocimiento como proceso recursivo.	18
1.1.4. La autoreferencia.	21
1.1.5. La distinción.	22
1.1.6. La realidad como estructura.	25
1.1.7. La causalidad	25
1.1.8. Implicaciones éticas.	27
1.2. Bases Sistémicas.	29
2.EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD FAMILIAR.	37
2.1. La experiencia.	38
2.2. La narrativa.	39
2.3. El mito.	44
2.4. Identidad y construcción de la realidad familiar.	47
2.5. Salud mental y construcción de la realidad familiar.	48
2.6. Sistemas mayores y construcción de la realidad familiar.	50
2.7. Estabilidad y construcción de la realidad familiar.	52
2.8.Crisis y cambio.	53
3. LA REACCION DE LA FAMILIA ANTE LA MUERTE.	59
3.1. La reacción ante la muerte como evento sistémico.	60
3.2. El proceso de adaptación a la muerte.	61
3.3. Duelo y pautas de interacción familiar.	63
3.4. Duelo y comunicación familiar .	66
3.5. Duelo y red social.	68
3.6. Duelo y desarrollo familiar.	69
3.7. Respuestas disfuncionales ante la muerte .	74
3.8. Circunstancias en que ocurre la muerte.	79

4. MUERTE Y CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD FAMILIAR.	88
4.1. Historias y diálogos.	88
4.1.1. La muerte en el contexto cultural.	99
4.1.2. Rituales.	101
4.1.3. La muerte como historia.	103
4.1.4. El contexto de interacción.	104
4.1.5. El territorio de lo no dicho.	107
4.1.6. Pasado, presente y futuro.	107
4.1.7. Historias acerca de la culpa.	110
4.1.8. Los mitos.	111
4.1.9. Muerte e identidad.	114
4.2. Conversaciones y circunstancias de la muerte.	120
4.2.1. Muerte por enfermedad terminal.	121
4.2.2. Suicidio.	126
4.2.3. Muerte repentina.	133
4.2.4. Muerte por vejez.	135
 REFLEXIONES FINALES.	 141
 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.	 149

RESUMEN

En este trabajo se aborda el tema de la reacción de la familia ante la muerte. Se parte de un pensamiento sistémico y constructivista. Este pensamiento afirma que todo individuo está inmerso en una red de relaciones que construye significados, es decir, que pone orden, sentido y valor a sus experiencias y a su entorno. Una familia logra construir significados gracias a que transforma lo que le sucede en un conjunto de relatos o historias; estas historias conforman la visión que la familia tiene de sí misma y la que tiene de su entorno; por lo tanto guían la conducta y las relaciones de sus miembros. Se analizan los procesos que se ponen en marcha en el nivel de significados y de historias cuando uno de los miembros de la familia muere. Se parte de la idea de que un evento como la muerte tiene el potencial de desorganizar y romper la continuidad de los significados que guiaban su visión de la realidad. Los miembros de la familia se enfrentan al reto de convertir el evento de la muerte en un relato, y de reconstruir a partir de éste, la identidad individual, la identidad familiar y el modo en que ven su entorno. Se propone que el proceso de duelo consiste en un proceso de reflexión, privado o compartido, en el que cada individuo cuestiona su propia visión de la realidad y empieza a construir nuevas historias acerca de su vida y de la muerte de su ser querido. El resultado de este proceso debería ser la recuperación de la capacidad de cada individuo para plantearse metas y sentir que puede alcanzarlas, es decir, su capacidad de ser autor de sus acciones y sus narraciones.

“Pues volveremos a encontrarnos y a separarnos
y a volver a encontrarnos,
donde se reúnen los muertos,
en las bocas de los hombres vivos.”

Butler, S. “The life after death”
(citado en Bateson M. C. Cómo yo los veía. 1989)

INTRODUCCIÓN

Toda persona ha vivido, o vivirá, la muerte de un ser querido. La muerte parece un evento cercano y familiar, todos reconocen que es parte inseparable del ciclo vital del individuo y de la familia. La muerte es también extraña y desconocida, nadie puede predecir con certeza cuál será su reacción cuando ésta se presente.

La gente que vive esta experiencia reconoce que cuando alguien cercano ha muerto las cosas no se ven de la misma manera: lo que antes parecía importante se vuelve superficial, lo que no se reconocía se vuelve esencial. Después de que una persona ha vivido una muerte, no vuelve a ver al mundo, ni a sí misma como lo hacía antes. Sin duda alguna, después de una muerte se pone en marcha un cambio de *significados*.

El especialista de la salud mental que se acerca a estudiar la reacción psicológica ante la muerte, puede ignorar el cambio en los significados porque parece ser parte del sentido común: no es observable, no es medible, ni siquiera puede saber si los cambios en la manera de ver el mundo que la gente reporta tienen alguna relación con su conducta.

El terapeuta que ayuda a quien ha sufrido una pérdida puede decidir trabajar sólo con la parte observable y medible en terapia, es decir, con la conducta. Este enfoque puede funcionar, pero puede suceder que lo que más moleste a la persona

no sea su conducta, sino lo que cuenta y relata de su experiencia ante la muerte, así como las emociones que este relato despierta.

Otro especialista puede escoger un enfoque que considere los procesos intrapsíquicos que se ponen en marcha ante la muerte. Este enfoque también puede llegar a funcionar, pero seguramente ignorará el efecto de lo que hacen y dicen las personas que rodean a quien sufre una pérdida.

Desafortunadamente, ningún enfoque puede abarcar el amplio territorio que ocupa lo psicológico. El especialista sólo tiene contacto con pedazos y fragmentos de realidad, fragmentos que pueden parecer totalmente caóticos cuando se tiene en frente a una persona devastada por el impacto de una muerte.

En las siguientes páginas se hará una revisión de los fragmentos de realidad que se consideran esenciales para describir la reacción psicológica ante la muerte. El núcleo de análisis son los cambios que provoca la muerte en los significados que la persona construye; pero para que algo adquiriera forma necesita de un fondo, en este caso los significados adquieren forma gracias a la red de relaciones interpersonales que rodean e influyen a la persona, por eso aquí se aborda el efecto de la muerte en los significados que construye la familia.

¿Cómo se pueden observar estos significados? ¿En dónde se encuentran? No se trata de significados ocultos, los significados no están "adentro" de la persona, ni en un "inconsciente" individual o colectivo. Aquí se propone que cuando una persona habla, cuando cuenta algo acerca de su pasado, de su familia, cuando narra cómo ocurrió la muerte de un ser querido; en ese mismo momento está creando significados.

La idea básica es que: "muchas personas no están seguras de lo que piensan acerca de algo, hasta que se oyen a sí mismas hablar de ello, una vez que lo hacen tienden a pensar que son sus 'verdaderos sentimientos' o sus auténticas ideas sobre [alguna] situación" (O'Hanlon y Weiner-Davies, 1993, p.189). En el momento en que la persona se escucha a sí misma *relatando* algo, convirtiendo su vida en historia, en ese mismo instante está construyendo significados.

Pero ya se sabe que cuando algunas personas cuentan historias siempre repiten la misma, en cambio hay otras que aún cuando se refieren al mismo hecho, siempre cuentan una historia diferente. Ante esta situación, el terapeuta puede argumentar que un relato no puede ser confiable si está cambiando porque eso significa que la persona está inventando, su historia no se pega a la "realidad", no se puede saber qué es lo que sucedió "realmente", probablemente lo que cuenta no tiene ninguna relación con su conducta "verdadera".

Por eso, para poder tomar como objeto de estudio a los relatos y las historias se necesita un cambio de *epistemología*. La epistemología responde a las preguntas qué conoce el hombre y cómo obtiene conocimiento.

La respuesta tradicional a esta pregunta es que el ser humano conoce la realidad. Ante esta respuesta surge otra pregunta ¿qué es la realidad?, se asume que todo "eso" que está afuera del humano, del sujeto, es la realidad, el mundo objetivo.

En esta visión tradicional del conocimiento, una teoría ayuda a conocer la realidad, por lo tanto es útil cuando retrata la realidad con precisión. Para saber si sirve se necesita compararla con la realidad; lo que el investigador conoce es su teoría, pues fue él quien la hizo, lo que no conoce es "la realidad", para eso necesita la teoría.

En este momento la visión tradicional se tropieza con una incoherencia, resulta ilógico que el investigador use lo que no conoce, la realidad, para ver si es verdadero aquello que sí conoce, su teoría (Segal, 1986).

Esta reflexión lleva a pensar que las teorías y modelos científicos tienen más relación con lo que hacen los sujetos, que con lo que sucede en el mundo objetivo; es decir con cómo crean las teorías y sus métodos de investigación.

En consecuencia no se puede saber con certeza si existe la realidad, aquí se prefiere afirmar que "la realidad" es una invención del ser humano, lo que ve, escucha y huele está determinado por su sistema nervioso central, no por el mundo externo.

Además, la realidad es una invención de la familia y la cultura en la que se desenvuelve, son invenciones compartidas por un grupo. Cuando alguien habla de la muerte como algo doloroso y se comporta ante ello como si lo fuera, no está hablando de la realidad, sino de los acuerdos existentes entre su cultura, su familia y él mismo, acuerdos que lo han llevado a esa conclusión.

No se trata aquí de tirar por tierra la visión tradicional del conocimiento y la realidad, simplemente se piensa que para poder entender la reacción de la familia ante la muerte es más útil una visión epistemológica que permita conectar conducta y significados, al individuo con su contexto familiar y cultural.

Dentro de esta visión *constructivista*, ya no importa si las historias o relatos que cuenta la persona ante la muerte son falsas o verdaderas, lo que importa son las consecuencias de estas historias sobre el sí mismo y los otros, y sobretodo, si esta manera de construir la realidad es útil para describir, investigar y hacer terapia.

Es necesario volver a hacer énfasis que la construcción de realidades, personales o científicas, no son producto de un individuo, sino que son la consecuencia de una

serie de intercambios entre personas, intercambios que ocurren en el nivel de la conducta y del lenguaje, o sea, son resultado de la comunicación. Por ello la visión de este trabajo no es sólo constructivista, sino también *sistémica o interaccional*.

Al sobreponer estas dos visiones, se puede describir el impacto de la muerte sobre la construcción que la familia hace de la realidad, de su mundo y de sí misma.

Así pues, en el primer capítulo de este texto se consideran los principios epistemológicos básicos de la visión constructivista, para ello se describe el proceso de obtención del conocimiento científico según la epistemología tradicional, en particular se critica la noción de objetividad y causalidad. La visión científica tradicional se contrasta con el punto de vista constructivista y se definen sus principios básicos tales como la circularidad, los procesos de distinción y asociación, se habla también de las limitaciones que impone el sistema nervioso central para observar "la realidad".

Así mismo se exponen los procesos sistémicos que permiten entender los modos de construcción de la realidad y que llevan a una concepción específica de las familias, esta exposición se da en un marco que toma al lenguaje como la base fundamental para construir una realidad.

Una vez delimitada la visión que se tiene del conocimiento y de la familia, se aplican estos principios epistemológicos para hacer un bosquejo de los procesos por los cuales la familia llega a construir su propia visión del mundo y de sí misma, se describen tres niveles, la experiencia, la narrativa y el mito.

En el capítulo tres se hace una exposición de las conductas e interacciones que surgen a partir de que ocurre una muerte, se habla de factores que pueden facilitar u obstruir el proceso de adaptación. Se habla de elementos que son comunes a toda experiencia de muerte y de elementos que llevan a diferencias en este proceso, estas diferencias están dadas por las circunstancias en que ocurre la muerte: ya sea por vejez, por enfermedad terminal, por suicido o muerte repentina. Aunque esta descripción se limita a la parte conductual de la reacción a la muerte, se hace en un marco que cuestiona y coloca en un lugar de relatividad, las visiones tradicionales acerca de la reacción ante la muerte.

El marco sistémico y constructivista del conocimiento y de la familia, el énfasis en el papel del lenguaje en la construcción de significados y las pautas de conducta que surgen ante la muerte, constituyen la base que permiten crear hipótesis acerca de qué sucede con los significados que la familia y sus miembros construyen, tema que se abordará en el capítulo cuatro.

1. CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD: BASES EPISTEMOLÓGICAS Y SISTÉMICAS

Este trabajo pretende analizar la reacción de la familia ante la muerte desde un punto de vista diferente, para lograrlo, se necesita que el investigador use nuevos lentes para observar este fenómeno.

La noción de *construcción de la realidad* es el lente que aquí se emplea para observar la reacción de la familia ante la muerte; utilizarlo lleva a cambios radicales, incluso en cómo se define uno de los términos que componen esta noción: el término realidad.

El cambio de una definición de lo que se denomina realidad afecta diversos planos, entre ellos el epistemológico y el de la salud mental. En el plano epistemológico, la respuesta tradicional a la pregunta de qué conoce el ser humano ha sido: la realidad, en consecuencia el objetivo del conocimiento sería descubrir esa realidad. Pero cuando se habla de *construcción* de la realidad, la idea de descubrirla pierde sentido.

La idea de realidad es también el criterio a partir del cual se define la salud mental: se dice que un individuo es sano cuando se adapta a la realidad, por el contrario una ruptura con ésta constituye el mayor indicador de enfermedad mental. Introducir aquí la idea de construcción de la realidad, obliga a elaborar

explicaciones diferentes de aquello que se define como salud mental y de sus determinantes.

Así, la idea esencial de este trabajo es que la realidad es construida por el ser humano dentro de los sistemas de relación en los que interactúa. En este capítulo se expondrán los principios que fundamentan dicha afirmación y que parten de la corriente de pensamiento denominada constructivismo.

1.1. Bases epistemológicas

1.1.1. La epistemología constructivista

Como punto de partida es importante considerar las diferencias que los pensadores constructivistas hacen de su epistemología y de lo que han denominado epistemología tradicional.

El tema central dentro de la llamada epistemología tradicional es el de cómo se conoce la realidad y si este conocimiento es verdadero, en donde lo verdadero es sinónimo de objetivo (von Glasersfeld, 1994a).

La epistemología creada por el pensamiento constructivista pone énfasis en los *procesos* por los cuáles se conoce, los modos mediante los cuales se mantienen estos procesos y las decisiones que se toman a partir de los mismos (Keeney, 1994).

En ambas posturas el problema epistemológico consiste en conformar una relación ideal entre saber y realidad. La postura tradicional está encaminada a encontrar las vías que conduzcan a un descubrimiento exacto de ella, si no existe una igualdad entre conocimiento y realidad es porque el método empleado no es el adecuado para reflejar o reproducir lo existente. En este caso es la realidad, no el observador, quien debe imponer los medios de conocimiento.

En cambio, el pensamiento constructivista señala una relación distinta entre los medios de conocimiento y los resultados que éstos producen. El observador crea los medios y éstos determinan las características de aquello que será descubierto. Dado que el número de medios de conocimiento es infinito, el número de realidades encontradas será también infinito.

1.1.2. La objetividad en el constructivismo

Cuando esta infinidad de realidades se manifiesta en el ámbito de la ciencia, cada sistema de observadores argumentará que sus descubrimientos son verdaderos, mientras que los otros no. Para sustentar sus afirmaciones apelará a criterios de medición, comprobabilidad y objetividad; con los cuales se pretende demostrar la presencia de una realidad que existe por sí misma y que no se modifica por las acciones del observador.

El constructivismo afirma que la idea de una realidad objetiva es insostenible. En su perspectiva se puede observar la idea fundamental de que el proceso determina el resultado; el problema de la epistemología tradicional es que al ignorar el proceso de conocimiento, el resultado es una realidad que aparece independientemente del observador. Reflexionar sobre los procesos y medios de conocimiento y tomar conciencia de la manera en que el ser humano opera sobre su mundo crea nuevas posibilidades (von Glasersfeld, 1994a).

El operar debe entenderse como aquellas conductas o acciones del ser humano que transforman su entorno y que simultáneamente lo llevan a construir el conocimiento; pues no hay conocimiento posible sin una actividad o experiencia humana que le anteceda. Sin embargo toda experiencia es necesariamente limitada, abarca sólo un fragmento de realidad, a partir de la cual el científico establece regularidades que pretenden explicar aquella realidad que no ha sido tocada por su experiencia. En consecuencia, dichas regularidades no pueden ser el reflejo de la realidad más amplia que el descubrimiento científico intenta abarcar.

Dado que el observador sólo se enfrenta a fragmentos de realidad; el conocimiento no está estructurado bajo un principio de reproducción sino bajo un principio de no contradicción, lo que implica que los modelos científicos no son una imitación fiel de la realidad, sino que simplemente no la contradicen. Entonces, los medios de

conocimiento y los cuerpos teóricos no deben ser juzgados en función de su veracidad sino en función de su utilidad (von Glasersfeld, 1994a, 1994b).

1.1.3. El conocimiento como proceso recursivo

La idea de la objetividad no tiene cabida dentro de la visión constructivista, puesto que definir el conocimiento como proceso de construcción pone de manifiesto su naturaleza recursiva.

Para explicar la visión del conocimiento como proceso recursivo se ilustrará un ejemplo derivado de los estudios realizados en el campo de la neurofisiología por von Foerster (1994).

Se tiene una célula primitiva, esta célula se divide en dos secciones, una sensoria que registra los cambios existentes en el medio que rodea a la célula y una sección motriz capaz de desplazarse y/o cambiar de forma. Cada vez que la sección sensoria percibe un cambio en el medio, toda la célula cambia de posición, el cambio de posición trae como consecuencia un cambio del medio que es registrado por la célula y a su vez produce un nuevo movimiento o desplazamiento.

En este proceso puede definirse la modificación de la sensación como la causa y el cambio de forma como consecuencia; o el cambio de forma puede ser la causa y la

modificación de la forma su consecuencia. O bien, pueden integrarse ambas visiones y hablarse de un proceso recursivo

La relación de la célula con su entorno puede servir para establecer una analogía con la manera en que el observador construye realidades científicas. Anteriormente se señaló que el conocimiento sólo es posible en la experiencia, y a su vez la experiencia sólo ocurre cuando hay una operación; por lo que cada vez que el hombre investiga una realidad ésta se transforma, lo que conlleva a un cambio en el observador y en sus medios de indagación, ante estos cambios las realidades encontradas son también diferentes, esta relación puede ser calificada también como recursiva (von Foerster, 1994) o cibernética (Keeney, 1994).

De esta manera el conocimiento como proceso recursivo es también un proceso unitario y no puede ser calificado como objetivo, siendo que la idea de objetividad se basa en una separación y oposición entre sujeto y objeto (Simon, 1994).

1.1.4. La autoreferencia

Cuando el proceso de conocimiento se define como recursivo o cibernético, la visión que se tiene del papel del observador se transforma. Si su participación en el proceso modifica y crea realidades, entonces toda realidad está construida en función de las características de su observador, es decir es autoreferencial

La autoreferencia como elemento inseparable del proceso de conocimiento implica que toda afirmación acerca de la realidad es hecha por un observador y necesariamente es una afirmación que habla de él; es decir, el ser humano al describir al mundo se describe a sí mismo (Keeney, 1994; Simon, 1994).

La autoreferencia y la recursividad forman parte de una relación complementaria que permite explicar el proceso de conocimiento. Cuando los dos conceptos se integran se tiene un panorama que abarca la relación observador-medios de conocimiento-realidad. Esto significa incluir como parte del fenómeno de observación además del objeto de estudio, al sujeto observador y al proceso mismo de observación (Keeney, 1994).

Cuando el investigador estudia el papel que sus acciones juegan en el conocimiento que produce, se aleja del proceso de investigación y observa desde un nivel distinto, desde una posición de reflexión que le permite determinar su influencia en los resultados de su investigación, esto constituye una visión de segundo orden (Hoffman, 1990).

1.1.5. La distinción

Podría pensarse que la idea de la autoreferencia implica una concepción del sujeto como entidad separada del mundo (de los objetos), o como ya se mencionó podría

adoptarse una visión en la que la autoreferencia es producto de un sistema del que sujeto y mundo forman parte.

No obstante de la unión sujeto-mundo no puede surgir el proceso de conocimiento, por tanto es necesaria una división de este sistema en "...un estado que ve [sujeto] y en otro que es visto [objeto]... en ese estado cortado, amputado, lo que él ve es solo en parte él mismo..." (Spencer Brown citado en Watzlawick, 1995; pp. 49).

Esta separación no es del orden de lo verdadero u objetivo (como ha sido considerada en la epistemología tradicional), sino que, por el contrario, es producto de una construcción de la realidad, que parte de una operación básica y que es el fundamento de todo acto epistemológico: establecer distinciones; luego "...el mundo puede discernirse de infinitas maneras, según las distinciones que uno establezca" (Keeney, 1994; pp.33).

Al establecer distinciones el ser humano pone nombres a los objetos y procesos que lo rodean, es así que establece distinciones tales como sujeto-objeto; individuo-medio ambiente; causa-efecto, salud-enfermedad. Estas no son realidades que existan por sí mismas, independientemente de las acciones del observador, sino que fueron creadas por él, a través del establecimiento de distinciones.

1.1.6. La realidad como estructura

Cada vez que el observador traza una distinción va conformando una estructura que ordena y articula su mundo de experiencia. Es esta estructura la que comúnmente se etiqueta como "la realidad".

Dicha estructura se crea a lo largo de diversos niveles de operación. El primero es la percepción como proceso neurofisiológico. Ya desde este nivel el acto de la percepción involucra una acción del sistema nervioso que percibe y una construcción.

Bajo la óptica del constructivismo no existe la experiencia sensorial pura, ni pueden haber experiencias directas del entorno (Keeney, 1994). Toda impresión sensorial debe estar acompañada de *actividad* del organismo; si no ocurre esta conjunción, no hay percepción (Von Foerster, 1994).

Además, la percepción está determinada por las características del organismo que percibe, no por los estímulos externos; uno de los argumentos que apoyan esta idea es que toda la estimulación externa, sea auditiva, visual u olfativa, es finalmente convertida en actividad eléctrica, de manera que lo único que las neuronas reciben son diferentes cantidades de impulsos eléctricos, pero no tienen la posibilidad de determinar qué fue lo que produjo ese impulso (Segal, 1986).

Otro de los argumentos en favor de esta idea es que la percepción está limitada por las capacidades de los órganos de los sentidos, en este caso, tampoco se puede determinar qué tipo de estímulo recibe un órgano sensorial (ojo, oído, nariz), únicamente se puede saber que este órgano "traduce" sólo cierto tipo de información, o que toda la estimulación que recibe la traduce a un sólo tipo de sensación, ya sea imágenes, sonidos u olores (Segal, 1986).

De esto se deriva que la percepción no necesita ser descrita con base en una relación medio ambiente-organismo, ya que esto implicaría la existencia objetiva del entorno. Las relaciones que se dan en el interior del sistema nervioso dan cuenta de la percepción, pues son estas relaciones las que la determinan (Maturana y Varela, citado en Keeney, 1994). Esto lleva a concluir que el ser humano no tiene la capacidad de saber cómo es la realidad "objetiva", una realidad en la que no intervienen sus sentidos.

La realidad es pues, en un primer nivel, una construcción del sistema nervioso central. La percepción de los objetos como tales es producto de una organización de orden superior, ésta es la asociación.

La asociación es uno de los modos de operar del ser humano, por el cual llega a la creación de una estructura de la realidad ordenada, estable e incluso predecible. El ser humano crea una asociación al poner elementos en relación; ésta implica

siempre que el observador haga una abstracción o distinción de las partes o propiedades que empleará para comparar sus experiencias y establecer juicios (Von Glasersfeld, 1994a).

La distinción y la asociación permiten que el individuo experimente al objeto como unidad integrada, ya que los procesos más elementales de la percepción no son suficientes para que esto ocurra, pues se requiere una vinculación de las propiedades sensoriales individuales de los objetos; esta vinculación no existe por sí misma sino que es construida activamente por el ser humano. La asociación incluye también la vinculación de objetos ya integrados y la vinculación de una experiencia con otra (von Glasersfeld, 1994b).

Por medio de esta serie de encadenamientos se construyen los conceptos de equivalencia, identidad y diferencia, los cuales crean orden y regularidad en la experiencia humana.

Bajo este proceso es como el ser humano crea conceptos y redes de conceptos; así que cada vez que se enfrenta a un postulado sobre "la realidad" se está enfrentando a un sistema de postulados en el que cada premisa y las consecuencias correspondientes se apoyan y confirman recíproca y recursivamente (Wittgenstein citado en Watzlawick, 1990).

1.1.7. La causalidad

Toda afirmación sobre la realidad no es más que parte de esta red de postulados que ha sido creada por el ser humano; se incluyen en ella el tiempo y el espacio, conceptos básicos que sirven para establecer explicaciones en ciencia.

Si, como plantea Von Glasersfeld (1994b, p.24), el tiempo y el espacio son "coordenadas o principios de orden de nuestra experiencia" y no entidades cuyas propiedades y transformaciones son independientes de la actividad del ser humano; entonces la ley de causalidad que regula el conocimiento científico pierde su función explicativa.

La ley de la causalidad está basada en la coincidencia temporal de dos eventos, como es bien sabido, al que ocurre primero se le llama causa y al que le sigue efecto. Así la ciencia ha basado sus explicaciones en afirmaciones del tipo "después, luego por eso" (Riedl, 1994). Pero si estos eventos son producto de una distinción, de igual manera que el transcurso lineal del tiempo lo es de una construcción, establecer qué sucede antes de un evento no es suficiente para determinar su causa.

Un evento que no ha ocurrido (futuro) puede ser también causante de condiciones específicas en el presente; los descubrimientos científicos están marcados por este tipo de relación, al elaborar una predicción crean las condiciones para que ésta se realice y para que los datos obtenidos "coincidan" con su teoría, se trata de

profecías que se autocumplen, profecías que crean realidades de tipo científico, social e interpersonal (Watzlawick, 1994).

El futuro como causante del presente ha predominado en las relaciones de tipo final, en las que el determinante de un evento presente, es una finalidad o propósito. El problema de quienes han apoyado alguna de estas posturas, la relación causal o la final, es que las consideran explicaciones únicas del mundo, adoptar cualquiera de las dos implica excluir la otra (Riedl, 1994).

En este punto puede retomarse la noción de recursividad, que ya fue utilizada para explicar el proceso de conocimiento. El constructivismo postula que esta noción permite un panorama más amplio de las relaciones entre fenómenos, dos eventos pueden ser simultáneamente causa y efecto bajo una óptica circular o recursiva, o bien, puede hacerse una separación de tipo lineal y definir a un evento como causa y al otro efecto. El tipo de relación causal que el observador elija para explicar un determinado fenómeno dependerá de los fines que persiga esta explicación.

Implicaciones éticas

Cuando el conocimiento que el observador produce es creado en función de los fines que persigue, y no de su similitud con "la realidad", los parámetros éticos con que se valora un determinado cuerpo de conocimientos tienen que cambiar.

Para que ocurra este cambio es necesario considerar que uno de los supuestos esenciales del constructivismo es que "la actividad cognitiva ocurre en el mundo de la experiencia de una conciencia que *tiende a un fin*" (Von Glasersfeld, 1994a p.31).

Luego, toda construcción o estructura debe ser juzgada por este fin, por el enlace o puente ficticio que crea entre el observador y resultados y servicios prácticos (Watzlawick, 1990). Con base en esta idea se crean los modelos de conocimiento, que bajo esta visión se definen como construcciones que realizan la función de un objeto cuya estructura dinámica no puede reproducirse directamente. Estos modelos deberían permitir al individuo orientarse en el mundo de la experiencia, prever situaciones e incluso determinar experiencias futuras (Von Glasersfeld, 1994b).

Juzgar al conocimiento en función de su utilidad, y ya no de su veracidad, obliga al observador hacerse cargo de las consecuencias que trae consigo el asumirse constructor de realidades científicas y sociales. Pero este saber impondría cambios en el ser humano:

"Primero, sería libre, pues, el que se sabe constructor de su propia realidad, también puede crearla con otra forma en todo instante. Segundo, ese hombre sería responsable en el más profundo sentido ético, pues, quien ha comprendido de hecho que él es el constructor de su propia realidad, no cuenta ya con la opción de evadirse a la cómoda excusa de la coacción ejercida por las cosas ni con la de echar la culpa a otros. Tercero, un hombre de esas características sería conciliador en el sentido más profundo del término..." (Watzlawick, 1995 pp 82-83).

Lo hasta ahora expuesto rompe con los principios rectores de la visión tradicional de la ciencia y derrumba sus pilares fundamentales: la idea de realidad, de objetividad y de causalidad.

En contraste, se sustituye la idea de descubrimiento de la realidad por la de construcción; la idea de objetividad por una visión autoreferencial y de segundo orden; la idea de causalidad se sustituye por la de recursividad. En pocas palabras, lo que se llama realidad es el resultado de una invención del ser humano.

La asociación y la distinción son los dos procesos básicos por los que el ser humano llega a dicha construcción; ambos ocurren *en el nivel del lenguaje*, cuando el sujeto

pone palabras, de esta manera conecta y separa distintas percepciones, objetos y experiencias y crea la estructura a la que llama realidad.

Podría pensarse que la construcción de la realidad es algo que ocurre en el interior de un individuo, esta afirmación resulta útil si se considera únicamente el nivel de la percepción. Sin embargo cuando se salta al nivel del lenguaje, necesariamente hay que hacer referencia a procesos interpersonales o sistémicos.

1.2. Bases sistémicas

El plano de lo sistémico puede ser visto como uno de los lentes que explican la conducta humana, este lente rebasa dualidades tales como mente-cuerpo, individuo-ambiente cuyas contradicciones parecen no tener solución, pues aceptar uno de los elementos de la dualidad como determinante de la conducta implica necesariamente refutar el otro.

Si bien ambas posiciones tienen evidencias que sostienen sus argumentos, existen factores que ninguna de las posturas toma en consideración, por ejemplo el lugar desde el cual se observa y se sostienen dichos argumentos (Watzlawick, 1995), pues como ya se afirmó si se observa desde lugares distintos, necesariamente se encontrarán cosas distintas.

Es importante recordar que los elementos de estas dualidades son *principios de explicación*, no objetos en sí, lo que marca una diferencia entre el fenómeno y el nombre que se le atribuye, el observador manobra con el fenómeno gracias a que le asigna un nombre, es decir marca una distinción, esto puede abrir opciones pero también conlleva el peligro de una limitación o cosificación del fenómeno estudiado (Watzlawick, 1995).

Generalmente, cuando se plantea cualquiera de las dualidades, mente-cuerpo o individuo-medio-ambiente, se da por sentado que existe una oposición natural entre sus componentes y por tanto se descarta la idea de plantear una relación entre ellos.

Uno de los supuestos de los que se parte en este texto, es el de que los objetos y los fenómenos se crean cuando hay un observador que pone diversos elementos en relación. De tal manera que la propiedad, o la cualidad, sólo puede entenderse a través de una relación. Entonces las características de lo que se denomina individuo, sólo pueden entenderse en función de su relación con lo que se denomina ambiente y viceversa.

Al poner los componentes de estas dualidades en relación, se crean una entidad nueva, lo que se denomina la unidad entre "dentro" y "fuera", esta entidad

resultante "es más y de otro género, que la suma de las propiedades de ambos socios [o componentes] de la relación" (Watzlawick, 1995 pp. 29).

Con este principio se sustenta la visión interaccional de este trabajo, toda relación interpersonal crea una unidad o *sistema* cuya estructura es cualitativamente diferente a la simple suma de sus partes.

Para que esta totalidad o sistema persista como tal, sus componentes se ligan a través de relaciones específicas, es decir se *comunican*, la base de las relaciones interpersonales y de la creación de realidades es precisamente la comunicación (Watzlawick, 1990a; 1990b).

Toda conducta que se emite en presencia de al menos otra persona es comunicación (independientemente de que dicha conducta sea activa, pasiva, intencional o involuntaria) pues es susceptible de adquirir significado. Ya que no existe la no-conducta, la posibilidad de la no-comunicación se vuelve inexistente. La comunicación se da en dos niveles, el primero se refiere a la información que se intercambia, el contenido. El otro se refiere al aspecto metacomunicativo, en el que se define el modo en que cada persona ve su relación con el otro. Dependiendo de los acuerdos y desacuerdos que existan en uno o ambos niveles, se constituirán patrones específicos de relación (Watzlawick, 1990b).

El resultado del proceso de comunicación, es la creación de realidades de segundo orden. La realidad de primer orden está constituida por la construcción del sistema nervioso central que determina la percepción; esta realidad de primer orden es la que origina la continuidad física del mundo. La realidad de segundo orden supera las propiedades físicas del entorno y es la que atribuye sentido, significado y valor a objetos y experiencias (Watzlawick, 1990a, 1995).

La realidad de segundo orden creada por la comunicación constituye la red por la cual los seres humanos se confirman recíprocamente, esta confirmación de la realidad del otro es la base para la salud mental. En este sentido "ser comprendido por alguien más significa que la otra persona comparte nuestra propia visión de la realidad interpersonal y de esta manera la ratifica" (Watzlawick, 1990b, pp.26).

En las relaciones saludables o viables, las partes que la conforman se caracterizan por un acuerdo en los modos en como construyen su realidad en la relación; mientras que en sistemas no viables, marcados por el conflicto, las partes luchan por someter al otro a su visión de la realidad (Watzlawick, 1990b).

Si bien puede existir un consenso generalizado acerca de las propiedades de la realidad de primer orden, los desacuerdos en la realidad de segundo orden no pueden ser resueltos etiquetando una visión como correcta y descalificando la otra,

pues la construcción de significado es siempre resultado de la relación interpersonal.

Alcanzar un acuerdo en una determinada visión de la realidad implica que los miembros de un sistema se involucren en una actividad comunicacional, que participen en el diálogo y la conversación. El espectro de intercambios comunicacionales que pueden ocurrir en una relación es ilimitado, también lo es la posibilidad de crear conversaciones distintas que constantemente generan *significados nuevos y cambiantes* (Anderson y Goolishian, 1988).

En los sistemas humanos, conducta, comunicación y significados no pueden ser procesos separados, al poner el acento en el potencial de cambio de los significados se pone el acento en su capacidad de cambio en su conducta; así pues el observador con una epistemología constructivista prefiere ver a las familias como inmersas en un interminable proceso de evolución (Anderson y Goolishian, 1988).

El proceso de cambio y la creación de significados comunes no ocurren sólo en el ámbito de la familia, sino en contextos relacionales tales como una cierta lengua, cultura o clase social (Watzlawick, 1990a). Los significados construidos se expresan en forma de un flujo de relatos e historias cambiantes, toda experiencia, relación e incluso el sí mismo pueden ser entendidos como historias que las personas han acordado en relatar (Hoffman, 1990).

Así lo que una familia, un grupo de científicos o una cultura llaman verdad o realidad, no es otra cosa que un relato compartido por los miembros de ese sistema. De manera que la verdad, puesta en un contexto sistémico, se vuelve una verdad que funciona como tal sólo para un grupo específico de personas, en un contexto determinado y un tiempo específico (Gergen, 1992).

De la misma manera que la construcción de realidades en el ámbito científico, las realidades individuales e interpersonales sobreviven debido a que permiten alcanzar resultados concretos:

"...aplicado a la formación y solución de problemas, esto significa que nos sentimos en armonía con la vida, el destino, la existencia, con Dios o como queramos llamarle, siempre y cuando nuestra realidad de segundo orden encaje... y no lleve a una fricción dolorosa." (Watzlawick, 1990a, pp. 136,137)

Sin embargo cuando estos resultados contradicen una determinada construcción, el cambio se vuelve más difícil; puesto que cuando se asigna a una determinada construcción un valor de realidad, automáticamente se descarta la posibilidad de considerar realidades alternativas aun cuando la visión actual sea cada vez menos útil.

El cambio de visión de la realidad de un miembro de un sistema impone la necesidad de una reestructuración de todo el sistema; como ya se dijo los cambios que se dan en el nivel de significados necesariamente producen cambios en el comportamiento. A este respecto Simon (1994, p. 138) señala:

"El hombre se describe a sí mismo y a su mundo circundante y se comporta de acuerdo a sus descripciones, si estas cambian entonces cambia su conducta. Y puesto que los sistemas interactivos se componen de tales modos de conducta también ellos cambian sus estructuras cuando cambian las construcciones de la realidad de los participantes en la interacción. Por construcción de la realidad hay que entender la totalidad de los modelos de pensamiento, sentimiento y conducta que cada uno ha construido a lo largo de su vida."

El pensamiento sistémico amplía la visión constructivista al colocar los actos básicos del conocimiento, la distinción y la asociación en el territorio de las relaciones interpersonales, dado que toda distinción o asociación individual necesita ser validada por otros para que pueda adquirir el valor de "real".

La cadena interminable de asociaciones-distinciones que los seres humanos crean en su proceso de comunicación lleva a la construcción de historias o relatos.

Es en la creación de historias donde ocurre la actividad humana, en el proceso de poner sentido y valor a las experiencias circundantes. Por eso, la conducta de los miembros de una familia y las relaciones entre ellos pueden ser entendidas como parte de un proceso más amplio que se da en el marco de la producción y negociación constante de significados.

A partir de los principios epistemológicos y sistémicos establecidos, en el siguiente capítulo se habla de este proceso en el que se conecta la conducta y las interacciones familiares con la producción de significados, es decir, se hablará del proceso de construcción de la realidad en el ámbito familiar.

2. EL PROCESO DE CONSTRUCCION DE LA REALIDAD FAMILIAR

El ser humano enfrenta cotidianamente la tarea de buscar coherencia y sentido a aquellos fenómenos que lo rodean, una manera de hacerlo ha sido la creación del pensamiento científico; a través de éste ha logrado articular y poner orden a toda una serie de hechos que de otra manera parecerían caóticos e incontrolables.

Esta necesidad de búsqueda de sentido se extiende a la experiencia personal y emocional del ser humano, le obliga a crear una imagen de su entorno y de sí mismo que dé coherencia y continuidad a sus acciones, es decir, le obliga a construir una realidad de segundo orden.

Una realidad de segundo orden necesita ser validada por otros y por tanto se origina dentro de un sistema de interacción. En este capítulo, se analizan los procesos bajo los cuales el sistema de interacción familiar crea una realidad de segundo orden, que es común a todos los miembros del sistema.

Describir el proceso de construcción de la realidad familiar no es tarea fácil, pues aunque este análisis se limita a revisar la literatura con una base teórica constructivista-interaccional, existen diferentes descripciones acerca de cómo es que la familia llega a construir su realidad. Como no se puede clamar que una descripción es más "verdadera" que otra, ni existen elementos suficientes para afirmar que una es mejor que otra; el análisis que aquí se hace intenta integrar en

un todo coherente distintas visiones, partiendo de una base fundamentalmente narrativa.

Como resultado de esta integración la noción de construcción de la realidad familiar se describe como una totalidad, como un sistema de relaciones organizado de manera recursiva e integrado por tres elementos básicos: la experiencia, la narrativa y el mito.

2.1. La experiencia

El nivel de la experiencia es la base fundamental para que el sistema familiar construya una realidad, ya en el capítulo anterior se señaló la imposibilidad de obtener conocimiento sin una experiencia que le anteceda. Esto mismo sucede en la familia, en donde lo conocido es sinónimo de lo experimentado o lo vivenciado (White y Epston, 1989).

Se hace énfasis en esta conceptualización de conocimiento para subrayar que los tres niveles aquí descritos sólo pueden ser entendidos en función de las relaciones que guardan entre sí, y no de sus características aisladas. De otra manera, se corre el riesgo de confundir la experiencia familiar con los eventos "objetivos" y juzgar las historias, la narrativa y el mito a partir de su grado de adaptación al nivel de la experiencia "real".

Una vez hecho este señalamiento se pueden presentar las pautas de descripción que se han hecho de las experiencias familiares; una de éstas es aquella que describe a la experiencia familiar de acuerdo al contexto en que ocurre, sea éste biológico, familiar, social o cultural (Anderson y Bagarozzi, 1989).

Las vivencias familiares han sido también descritas a partir de una visión temporal; dentro de esta pauta de descripción puede destacarse el papel de las experiencias pasadas, especialmente las que involucran a generaciones anteriores y las que ocurren en puntos de transición y crisis, ya sea que formen parte del ciclo vital o no (Andolfi y Angelo, 1989).

De manera general, la experiencia puede definirse como la unión de los eventos que ocurren fuera o dentro de la familia con las conductas e interacciones que la familia produce en respuesta a estos eventos.

2.2. La narrativa

La transición del nivel de la experiencia al nivel de la creación de una narrativa implica un salto cualitativo importante, esta transición es la de una realidad de primer orden a una de segundo orden.

En este nivel, las experiencias familiares, sin conexión entre ellas, son puestas en secuencias lineales temporales y transformadas en *un recuento de las experiencias*, en

una serie de relatos o historias. Es en este punto que las experiencias adquieren sentido, significado y valor (White y Epston, 1989).

El primer elemento a considerar para entender cómo se construye una narrativa es el *contexto*, ya que ésta se da en el marco de un sistema de relaciones familiares en el que todos sus miembros participan en un proceso activo, cooperativo e intencional (Hoffman, 1989; Laird, 1989).

El modo en que cada uno de los miembros de este sistema participe (ya sea contando historias, escuchándolas o ambas); sus reacciones ante dichas historias; el momento histórico y el lugar en el que se cuenten; son elementos del contexto que influenciarán el *contenido* de la narrativa (Laird, 1989 y Sluzki, 1992).

El contenido no sólo se crea a partir del contexto, sino también de un proceso de selección, en el que de la amplia gama de experiencias vividas la familia *elige* sólo una parte reducida de éstas, las que serán puestas y conectadas en la narrativa que guiará su visión de la realidad. (White y Epston, 1989; Laird, 1989).

El contenido de la narrativa está compuesto por un argumento, un ambiente (el lugar y el tiempo específico en que se ubica la historia) y por un grupo de personajes (los protagonistas de la historia, quienes al mismo tiempo son sus autores) (Sluzki, 1992).

De estos componentes, el argumento es el núcleo central, el espacio concreto en el que la familia engloba y re-crea sus experiencias, además es el resultado de la influencia de los otros elementos del contenido, del contexto y del mito.

El argumento que cada familia construye, es un continuo temporal infinito, pues en él siempre participan autores y personajes del pasado y del futuro. Sin embargo, este continuo puede segmentarse en una serie de unidades, que aunque estén interconectadas pueden distinguirse y extraerse del resto del argumento.

Estas unidades son las *historias*, que pueden ser diferenciadas del resto del recuento porque la familia las pone en el marco de un relato con un principio y un fin que la separa del resto del argumento (Laird, 1989).

Si las historias se analizan a partir del lugar que ocupan en el continuo temporal, se encuentra que pueden referirse al presente, al pasado o al futuro; sus características y funciones dependerán del momento en el tiempo en que los miembros del sistema las ubiquen.

Las historias que los miembros del sistema cuentan del presente, los *guiones* o *libretos*, dictan los modos en que cada miembro debería comportarse, es decir asignan papeles específicos. Se puede mencionar aquí la manera en que cada

miembro se describe a sí mismo y describe a los otros, o la manera en que la familia describe al entorno. El texto que la familia inventa para leer el presente, tenderá a conservar patrones concretos de actuación y relación.

Las experiencias pasadas compartidas por la familia, toman en el presente la forma de historias, de *leyendas* (Byng-Hall, 1988), relatos que del amplio rango de experiencias fueron elegidos para narrarse en repetidas ocasiones pues proveen a la familia de una imagen, de un sentido de pertenencia y unidad. Las leyendas muestran el camino por el cual la familia ha llegado a su estado actual y legitiman también sus creencias y valores presentes.

La familia no sólo convierte sus experiencias pasadas y presentes en historias, sino que también crea historias para experiencias que aún no han ocurrido, éstas son *predicciones* acerca de lo que la familia relata que sucederá en el futuro.

La familia al crear historias en el presente está determinando sus acciones actuales y futuras y al mismo tiempo está modificando su pasado (White y Epston, 1989); ya que en la narrativa familiar, las relaciones temporales están conectadas por un proceso recursivo.

La idea de que la narrativa creada por la familia puede abarcar todo el continuo temporal (presente, pasado y futuro), pone de relieve que no existe una

correspondencia unívoca entre experiencia e historia, porque no toda experiencia es transformada en una historia, ni a toda historia le antecede necesariamente una experiencia, por el contrario una historia puede *crear* una experiencia.

Esto abre la posibilidad de que de una misma experiencia puedan surgir historias muy diferentes entre sí, de tal manera que cada vez que la familia decide contar una historia decide también excluir una serie de relatos alternativos.

Esta exclusión conduce al "*territorio de lo no dicho*" (Shrützer, 1993) en la narrativa de una familia, el cual ocupa dos espacios principales, el de lo no imaginado y el de lo censurado. El primero se refiere a que la familia no ha puesto atención en algunas partes de su experiencia (por lo tanto no las ha convertido en historia), en el caso de lo censurado la familia decide dejar de contar ciertas historias o no poner lenguaje a algunas de sus experiencias. Ambos espacios tienen como base la ambigüedad y la apertura inherentes a toda historia (White y Epston, 1989).

Como resultado del proceso de elección, creación y censura de historias, la familia impone orden a las experiencias que enfrenta, este proceso empieza a funcionar como guía para que el sistema elija las experiencias que *más se asemejan* y que por lo tanto pueden confirmarse recíprocamente; en consecuencia confirman la visión que la familia tiene de sí y de su entorno (White y Epston, 1989; Laird, 1989; Sluzki, 1992).

2.3.El mito

Cuando un observador se acerca a estudiar la infinidad de historias y relatos que la familia crea a lo largo de su historia interaccional, puede observar desde distintos de niveles, de manera que puede encontrar diferencias o similitudes en las historias, dependiendo de su objetivo.

Si decide buscar las similitudes en las historias, encontrará que la totalidad de ellas puede sintetizarse o condensarse en un tema o en un conjunto de temas básicos, es decir en un mito (Sluzki, 1992).

También las familias tienden a buscar similitudes en sus experiencias, para conseguir una visión específica de sí misma y del mundo, alrededor de estas similitudes la familia estructura el modo en que debe leer su realidad (Corigliano, 1990).

A partir de estas similitudes se establece una demarcación que define cuáles son las historias que para la familia constituyen su verdad última, *la que está fuera de toda desafío o duda* (Ferreira, 1977). En esencia, un mito establece el modo en que son las cosas; define los límites de lo posible o lo alcanzable ante los ojos de quienes creen en él (Parry, 1991); por ello cualquier historia que está fuera del mito es vivida como falsa o ajena por la familia. En este sentido el mito puede verse como el

proceso que determina el ingreso de ciertas historias y rechaza o ignora aquellas que puedan contradecir al mito familiar, es decir aquellas que son tan diferentes que resultan imperceptibles.

Dado que el mito es una condensación, puede ser visto como un relato que incluye a todas las historias de la narrativa, y que por lo tanto ejerce mayor influencia sobre las acciones de los miembros de la familia pues está cargado de significado (Laird, 1989).

El significado del mito se transmite a través de la narrativa; por medio de las historias la familia *crea y comunica* sus creencias, ideas, valores, reglas y prohibiciones.

El significado del mito se constituye en torno a ciertos ejes centrales, uno de ellos es la imagen compartida que la familia tiene de sí misma en tanto grupo y la imagen que la familia comparte acerca del entorno.

El tiempo es otro de los ejes en que se basa un mito, pues sus aspectos más sólidos surgen de aquellos elementos que se mantienen aún con el cambio de generación, la construcción de un mito es siempre el resultado de la participación de tres generaciones (Andolfi y Angelo, 1989).

Las experiencias de crisis y transición conforman un eje importante para el mito familiar (Andolfi y Angelo, 1989; Anderson y Bagarozzi, 1989), en especial para su sentido de identidad y supervivencia.

De estos ejes principales puede derivarse el contenido central del mito, sin embargo, no sería posible establecer a partir de estos ejes una clasificación general de los tipos de mitos; especialmente cuando se considera que el mito se alimenta de las experiencias particulares de la familia, de las historias y de los contextos en que ellas se crean, lo que hace que cada mito sea único.

Aquí se mencionan sólo algunos de los posibles temas o contenidos: el mito de un mundo caótico o controlable, el mito del fracaso o éxito familiar, el mito de la unión o desunión familiar, el mito de la tradición familiar (Reiss y Klein, 1987), de la felicidad o infelicidad familiar (Ferreira, 1989) mitos del origen y la destrucción (Seltzer, 1989), mitos acerca de la espiritualidad y la religiosidad (Prest y Keller, 1993), acerca de la armonía familiar, acerca de la culpa y el perdón, mitos de rescate (Simon, Stierlim y Wynne, 1985).

Cada uno de estos posibles mitos puede volverse el tema central alrededor del cual una familia crea la mayor parte de sus historias; por sí sólo ninguno de estos mitos es sano o patológico; pues el tema debe considerarse en su relación con los resultados concretos que crea. De hecho, mitos contradictorios pueden coexistir en

una misma familia, lo que no debe verse como una limitación, pues en la medida en que la familia tenga una variedad de mitos flexibles a los que recurrir para explicar sus experiencias mayor será la probabilidad de que se adapte a ellas y de que las relaciones entre sus miembros sean satisfactorias (Gutstein, 1991).

2.4. Identidad y construcción de la realidad familiar

Independientemente de cuál sea el tema del mito familiar, éste debería permitir que cada uno de sus miembros desarrolle una identidad sólida. La identidad se compone de un sentido de separación y un sentido de pertenencia al grupo familiar (Minuchin, 1986); un desarrollo individual adecuado proviene del balance de ambos sentidos.

El proceso de construcción de la realidad es de naturaleza interaccional, no obstante el resultado es individual, es decir, una imagen personal de la realidad que refleja el nivel de separación y de pertenencia con respecto a la familia.

Identidad y pertenencia, no deben ser entendidas como aspectos que sólo repercuten en la conducta del individuo. Ambos lados de la identidad provienen de la experiencia, pero se construyen en el nivel narrativo y el nivel mítico; tienen como base la generación simultánea de significados compartidos y separados (Corigliano, 1990).

Cuando una familia comparte significados, implica que sus miembros han compartido experiencias, creado historias en conjunto y construido un mito. En torno a los significados compartidos en el mito la familia mantiene su sentido de pertenencia y lo que ella implica: cohesión, lealtad y solidaridad al grupo familiar (van der Hart, Witzum, Voogt, 1989).

A lo largo del proceso de desarrollo, la familia debe generar experiencias e historias que den la posibilidad de dar apertura al mito para que el individuo se separe de él; esto es, que viva sus propias experiencias, construya sus propias historias y finalmente genere su propio mito, diferenciado del familiar.

Un mito inflexible y cerrado no permite que los individuos se separen del mito y por lo tanto de la familia, eventualmente esto obstruye el desarrollo de la autonomía y la identidad. El individuo tendrá entonces que conservar los elementos del mito familiar en que se desarrolló y que no se oponen a la identidad autónoma (Andolfi y Angelo, 1989).

2.5. Salud mental y construcción de la fealdad familiar

En términos generales, un síntoma o problema, visto desde la noción de construcción de la realidad, puede describirse haciendo alusión al concepto de identidad. Los problemas por los que alguien acude a terapia pueden verse como

conflictos que surgen en los significados que se atribuyen a la realidad por el choque entre autonomía y pertenencia.

En este apartado se habla de síntoma o problema sin hacer referencia a un modelo normativo de salud; ya que no es posible marcar una separación entre lo sano y lo enfermo a partir de la noción de construcción de la realidad. Hacerlo implicaría regresar a una visión epistemológica tradicional; puesto que la idea de salud mental no es otra cosa que una construcción más, por lo tanto es relativa y está sujeta a cambios. Por lo tanto aquí se definirá un síntoma o problema como aquella queja que lleva a un individuo o familia a terapia.

De tal manera que una determinada construcción de la realidad no puede ser etiquetada como patológica; ésta siempre debe ser considerada en contexto, es decir en la relación de esa construcción con las construcciones de otros y con los resultados concretos que permite alcanzar.

Uno de los casos en que alguien puede acudir a terapia, es porque su visión de la realidad no le permite alcanzar los resultados esperados (White y Epston, 1989), es decir existe una gran contradicción en el nivel de la experiencia y los de la narrativa y el mito.

Otro caso es cuando una imagen de la realidad permanece detenida o congelada a lo largo del tiempo y no permite adaptarse a las circunstancias externas o a las necesidades del individuo (Andolfi y Angelo, 1989). En estos casos la gama de información externa es reducida y restringida, o incluso se impide el acceso a información externa, con el fin de mantener la construcción de la realidad de un determinado sistema (Corigliano, 1990).

Una persona o familia pueden acudir a terapia cuando existe una imposición de una determinada visión de la realidad de un sistema sobre otro, es decir cuando un individuo tiene que sujetarse a las visiones de otros y no puede generar sus propios historias y mitos (White y Epston, 1989).

Un síntoma puede surgir cuando un individuo se encuentra en medio de dos visiones opuestas de la realidad y escoger sólo una de ellas implica perder relaciones significativas.

Las experiencias de crisis pueden también llevar a un individuo o familia a terapia, por su importancia se considerará la relación entre crisis y construcción de la realidad familiar en otro apartado.

2.6. Sistemas mayores y construcción de la realidad familiar

El concepto de problema antes formulado deriva de conflictos en la relación, todo conflicto en las relaciones interpersonales es necesariamente un conflicto entre distintas visiones de la realidad. Hablar de relaciones implica no sólo interacciones entre individuos, sino entre diversos sistemas.

Todo sistema familiar está inmerso dentro de sistemas mayores, y la construcción de la realidad del sistema familiar es, parcialmente, resultado de la interacción con ellos. Un sistema mayor puede ser tan amplio como el delimitado por una lengua o cultura determinada, o bien puede ocupar un espacio menor como sería el caso de la familia extensa, o la comunidad.

Ya en otro apartado se dijo que uno de los ejes alrededor de los cuales se constituye la construcción de la realidad familiar es la imagen del mundo. A partir de la interacción con sistemas mayores la familia construye una imagen del mundo, y una imagen de sí misma que deriva de esta relación (Imber-Black, 1988).

En cada experiencia con el exterior, la familia construye historias y mitos que rigen los encuentros subsecuentes con los sistemas mayores; a veces una sola experiencia crítica basta para construir un mito fijo acerca del exterior. Las historias acerca del mundo pueden ser generalizadas a todos los sistemas exteriores, o la familia puede tener una imagen distinta de cada sistema externo (Imber-Black, 1988).

Por otra parte, algunas familias necesitan de la interacción con un sistema externo para poder mantener su visión de la realidad; si la relación con este sistema externo dejara de existir, la visión de la realidad familiar cambiaría. De igual manera, si la familia empieza a relacionarse con un sistema mayor desconocido la imagen que tiene de sí misma puede transformarse.

La construcción de la realidad familiar es también un mecanismo por el cual la familia se vincula con su mundo. Esta relación entre familia y sistemas mayores puede ser equiparada con la relación individuo-familia, en donde compartir una visión de la realidad implica establecer vínculos de apoyo y un sentido de pertenencia. Incluso se puede formular la hipótesis de que entre más similares sean las historias y mitos compartidos, mayores serán los vínculos familia-comunidad y viceversa (Reiss y Klein, 1987).

Los mitos de la familia revisten particular importancia en los casos en que tiene que interactuar con instituciones de ayuda, por ejemplo servicios de terapia; parte de la relación terapéutica estará marcada por las historias que la familia haya construido acerca de este tipo de ayuda y por la manera en que este sistema puede contribuir a mantener la imagen que guarda de sí misma (Imber-Black, 1988).

2.7. Estabilidad y construcción de la realidad familiar

La relación entre familia y sistemas mayores es un factor que impone estabilidad en la construcción de la realidad de la familia. De hecho, gran parte de las funciones de la construcción de la realidad familiar, se cumplen gracias a la *relativa* estabilidad de ésta; sólo así la familia puede explicar, dar continuidad y dirección no sólo a sus acciones sino a todos los eventos que ocurren independientemente de la familia.

Para lograr esta estabilidad se requieren de otros elementos que consoliden una determinada visión de la realidad; uno de estos elementos son los sistemas mayores que confirman esta visión y hacen que sea más probable que perdure. Al interior de la familia existen también elementos que contribuyen a mantener las historias y mitos, el más importante de ellos es el ritual.

Los rituales son actos de carácter simbólico que tienen la función de *crear y transmitir* los significados de las historias y del mito; son conductas y acciones repetidas, llevadas a cabo en momentos y espacios específicos, con un orden preestablecido y que se repiten a lo largo del tiempo; generalmente participan en ellos todos los miembros de la familia (Andolfi y Angelo, 1989; van der Hart, Witzum y Voogt, 1989).

Por medio del ritual, los miembros de la familia mantienen su unión en torno al grupo y en torno a la visión de la realidad de éste; incluyendo valores, creencias, prohibiciones.

El hecho de que la familia repita los mismos rituales con el paso del tiempo, le permite conservar su construcción de la realidad aún en situaciones de transición o ruptura; el ritual es una manera de resistir el cambio sin que la familia modifique su visión del entorno o de si misma (van der Hart, Witzum, Voogt, 1989).

2.8. Crisis y cambio

El ritual no sólo posee una dimensión estática, también es una vía hacia el cambio de la conducta y los significados del sistema. La familia puede generar rituales en situaciones de cambio que reflejen la transición y le permita avanzar hacia una distinta visión de la realidad, manteniendo al mismo tiempo su unión.

Ningún ritual ni ninguna construcción de la realidad pueden permanecer estáticos, si esto sucediera la oposición entre experiencia e historia aumentaría y dicha construcción dejaría de ser satisfactoria para la familia.

Ni siquiera el nivel del mito puede permanecer estático ante el cambio de las experiencias, de la familia o de los individuos. Los límites que la familia impone al crear un mito deben ser flexibles, es decir, la familia debe cambiar su construcción

de la realidad a lo largo del tiempo, de tal manera que permita construcciones individuales diferenciadas de las del sistema (Andolfi y Angelo, 1989).

Cada vez que hay una transición de una etapa a otra, el sistema familiar debe hacer más flexible su mito para que pueda adaptarse a nuevas circunstancias tanto del interior como del exterior de la familia. La flexibilidad y la apertura en el mito se logra en el momento en que la familia incorpora a sus relatos las experiencias de transición.

No obstante, toda familia puede enfrentar experiencias de crisis que son inesperadas y no corresponden a las transiciones del ciclo vital, estas generalmente son experiencias que involucran la pérdida. El impacto de dichas experiencias puede ser tal que ocasionen una ruptura en la visión que la familia tiene de sí misma y del mundo.

El sistema familiar puede responder ante esta situación de diversas maneras. El impacto de la crisis puede ser tal que la familia no puede convertir su experiencia en lenguaje, en historias (Laird, 1989).

Por otro lado, puede decidir conservar su visión de la realidad con los mismos elementos que tenía antes de que ocurriera la crisis; en este caso será difícil que

experiencia y mito encajen, por lo tanto la familia puede cerrar el mito, y éste volverse una carga para ellos.

Hay historias que son el resultado de la combinación entre experiencia y mito familiar; pero en aquellas situaciones en que una experiencia parece más caótica, menos explicable y racional; la familia recurrirá a lo establecido previamente por sus mitos para crear una historia.

Si los miembros de la familia logran crear historias para un evento de crisis, es probable que no exista un acuerdo acerca de lo que "realmente" sucedió; así surgen conflictos interpersonales a partir de las nuevas historias, que pueden ser contradictorias y disímiles, haciendo la transición más difícil.

El impacto de la crisis puede ser de tal magnitud que la historia de pérdida que la familia crea puede cambiar las otras historias; por este proceso la familia puede construir un nuevo mito en el que el tema central es la pérdida, el dolor, el mundo es visto como caótico y peligroso. Por este proceso la familia puede excluir las historias anteriores o nuevas historias y mitos que se opongan a este nuevo tema (Andolfi y Angelo, 1989; Laird, 1989).

Quizá una misma familia pueda tener todas estas reacciones ante la crisis, el proceso durante la crisis es fundamentalmente uno de *negociación y redefinición*

para construir una nueva visión de la realidad que pueda incorporar el evento de crisis y que sea satisfactoria para todos sus miembros.

Este periodo es de gran contradicción, entre experiencias e historias, entre las historias anteriores y la historia de la crisis; hay oposición entre la visión de cada miembro. A lo largo de esta fase el significado atribuido a la experiencia y a otras experiencias de crisis cambiará constantemente.

Como en toda experiencia de crisis, la permanencia del sistema se pone en riesgo porque la estructura coherente y uniforme de la realidad deja de existir. Los miembros de la familia no tienen ya una imagen consistente de sí mismos ni como individuos ni como grupo familiar; así que el factor de unión puede desaparecer.

Idealmente, la familia debería salir exitosamente de este periodo, incorporando el relato de la crisis, llegando a una redefinición estable del mundo y de su entorno, con nuevos significados.

La postura sistémica y constructivista que se ha empleado a lo largo de este trabajo, ha permitido rebasar la parte meramente conductual (la experiencia) de los individuos para poder colocarla en el contexto relaciona de la construcción de significados.

Cuando un investigador pregunta a alguien acerca de su vida familiar, lo que él obtendrá no es un reporte objetivo de los hechos, sino un relato que la persona ha decidido contar para definir a su familia. Al igual que las historias de los cuentos y novelas, las que la persona cuenta tienen un argumento y un grupo de personajes; a diferencia de ellas, las historias personales son susceptibles de ser narradas y entendidas de muy diversas maneras.

Una historia no surge del vacío, sino que es parte de una red de historias y relaciones que ocurren en el ámbito de la historia familiar y en las relaciones de la familia con su entorno social y cultural. Esta red de historias conformará los mitos, que son producto de la serie de asociaciones y distinciones que la familia hace de las distintas historias, sus miembros deciden que historias conectar para formar un mito, así como que historias excluir para que formen parte de otro mito o para que queden fuera de su visión de la realidad.

Los tres niveles descritos no pueden ser aspectos desarticulados porque describen una misma unidad, la familia, pero desde distintos niveles de observación (Sluzki,

1983). Además estos niveles están conectados en un proceso recursivo, eso implica que un cambio en la experiencia, en una historia o en un mito; necesariamente producirá cambios en los otros niveles: un nuevo significado produce nuevas conductas y relaciones; nuevas conductas producen significados novedosos.

A partir de esta idea es que en el siguiente capítulo se habla de la parte conductual o interaccional de la reacción de la familia ante la muerte; pues entender estos procesos puede dar elementos para formular hipótesis acerca de qué sucede en el nivel de significados, sobretodo cuando la literatura existente acerca de la muerte desde una visión narrativa es escasa.

3. LA REACCIÓN DE LA FAMILIA ANTE LA MUERTE

El investigador que decide abordar el tema de la muerte desde una postura constructivista enfrenta un serio problema; si parte de que la realidad no existe y que el concepto de normalidad es algo establecido arbitrariamente, cómo definir entonces qué es una reacción normal ante la muerte. Especialmente cuando hasta ahora el criterio principal para juzgar si alguien ha superado una pérdida, es que la persona haya llegado al reconocimiento y aceptación de la realidad; "la realidad" en este caso es la ausencia definitiva de un ser querido. Sin embargo, quien observa el proceso del duelo desde una visión constructivista no usa a "la realidad" como fuente de validación de su conocimiento.

La mayor parte de la literatura acerca de la reacción ante la muerte parte de una postura epistemológica tradicional como la antes mencionada; sin embargo, es útil porque permite entender qué factores se ponen en juego para determinar el impacto de la muerte sobre la construcción que la familia hace de la realidad.

En este capítulo, se emplean textos que proponen una lectura más relativa del fenómeno de la muerte; también se emplean otros que parten de una postura epistemológica más tradicional, sólo que lo descrito en ellos se toma como una parte del posible abanico de reacciones que diferentes familias pueden tener ante la muerte, sin imponer juicios de normalidad.

Desde el marco del proceso de construcción de la realidad, se puede decir que en este capítulo sólo se toma en cuenta el nivel de la experiencia familiar, el nivel interaccional, es decir, no el nivel narrativo o el del mito (tema del siguiente capítulo). Lo aquí descrito corresponde también a las historias y mitos que los profesionistas de la salud mental han escrito acerca de las experiencias de las familias en relación a la muerte.

3.1. La reacción ante la muerte como evento sistémico

Como toda experiencia, la reacción ante la muerte es susceptible de ser construida y transformada en distintas teorías, mitos, ya sean personales o científicos. Por ejemplo, el investigador de este fenómeno puede emplear una teoría que describa los procesos intrapsíquicos que contribuyen a la "elaboración" de la pérdida; o puede rebasar los límites que tal teoría impone e incluir el tipo de vínculo y el nivel de apego entre la persona que murió y la que sufre las consecuencias de la pérdida. El campo de observación puede ampliarse aún más para incluir a los otros significativos que rodean a la persona, su familia nuclear; a miembros de generaciones anteriores, su familia de origen; y a todos los lazos que aunque no sean de parentesco constituyen un apoyo importante en la vida cotidiana de la persona, es decir, su red social (Sluzki, 1991); si se añade una visión de segundo orden, podemos incluir el papel del observador en este fenómeno.

Dicha apertura en el área de observación lleva a concebir la reacción y la adaptación a la pérdida como un proceso relacional: aún cuando sea un individuo el que se vea mayormente afectado por la muerte, los cambios en su conducta, verbal o no verbal, representan mensajes comunicacionales a los que los otros no pueden evitar responder, de igual manera estas respuestas modificarán la conducta de la persona más afectada.

El cambio del individuo a las relaciones, implica dejar de concebir al duelo como una entidad fija. Hay que recordar que cuando el observador traza una distinción, o sea, asigna un nombre, duelo, a un evento, las experiencias que ocurren después de una pérdida, puede cosificar el fenómeno y convertirlo en algo estático (ver I). Además, ante esta cosificación se corre el riesgo de pensar en el duelo como un proceso lineal, con un principio y un fin claramente delimitados, al que se le puede segmentar en distintas etapas.

En contraste, la postura relacional o sistémica propone que el duelo es un proceso activo, cambiante y que ocurre en el campo de una amplia red de relaciones (Walsh y Mc Goldrick, 1991); se trata de un proceso recursivo, en donde la aparente terminación del proceso puede llevar a volver a comenzar, se espera que cada vez que la familia recorra este círculo lo haga fortalecida y con mayores recursos.

3.2. El proceso de adaptación a la muerte

Desde una visión sistémica, el reto básico que enfrenta la familia ante la muerte de uno de sus miembros es la reorganización del sistema de tal manera que pueda subsistir como tal.

Tal reorganización implica que la familia cumpla con una serie de retos o tareas de desarrollo, pues la adaptación implica cambio y por lo tanto crecimiento o desarrollo. De tal manera que los individuos y la familia como totalidad buscan activa e intencionalmente esta adaptación, no se trata pues de un proceso pasivo pues "contrariamente a la creencia popular, el tiempo, por sí solo, no cura" (Rosen, 1991 p.269).

Una de las tareas que implica el proceso de reorganización-adaptación es la expresión de las emociones ligadas a la muerte (Leick y Davidsen-Nielsen, 1991) cualesquiera que éstas sean, idealmente estas emociones deberían ser compartidas con otros (Walsh y McGoldrick, 1991).

Dado que la pérdida produce un hueco en el cumplimiento de ciertas funciones, la familia tiene que adquirir nuevas maneras de actuar y habilidades que le permiten cumplir con las funciones que antes eran asumidas por la persona que murió (Leick y Davidsen-Nielsen, 1991). La reorganización funcional implica una modificación de los roles de cada individuo, de las jerarquías o del liderazgo, la

creación de nuevas reglas y en general el reajuste de toda la vida cotidiana de la familia.

En última instancia, el duelo debería conducir a un nuevo reto, el establecimiento de nuevas relaciones afectivas, la realización de nuevas metas tanto personales como familiares (Mc Goldrick, 1991; Leick y Davidsen-Nielsen, 1991).

Estos son los retos mayores que una familia tendría que cumplir para lograr una adaptación más o menos exitosa ante la muerte. Sin embargo, el orden establecido aquí no es necesariamente el que la familia tiene que seguir; el tiempo que la familia puede emplear para lograrlo es variable; sobretodo no existe "el modo correcto" de cumplir con estos retos, los caminos que la familia puede elegir para lograrlo dependen de sus características específicas.

3.3. Duelo y pautas de interacción familiar

Lo formulado en el apartado anterior podría llevar a pensar que las manifestaciones individuales del duelo están en función de las pautas predominantes de interacción familiar. De hecho, una de las ideas dominantes dentro de la visión sistémica es que un síntoma es el resultado de la estructura u organización familiar disfuncional.

Sin embargo, la muerte es un evento azaroso y está fuera del control humano, le puede suceder a cualquier familia por funcional o disfuncional que sea. Determinar la reacción de una familia ante la muerte a partir de una clasificación o tipología de las estructuras familiares puede resultar limitante. De hecho ya en el capítulo anterior se ha mencionado la imposibilidad de hacer una tipología de los mitos familiares dada la diversidad de experiencias que enfrenta; la muerte, vista en el contexto más amplio en el que ocurre, es también una experiencia única. Por lo tanto establecer la estructura familiar como causa y los "síntomas" individuales del duelo como consecuencia implica regresar a una visión estática y lineal que se opone a la idea de duelo como desarrollo.

Dentro de esta postura se asevera que la estructura familiar previa a la ocurrencia de la muerte es crucial para determinar el tipo de reacción que la familia tendrá ante la muerte (Walsh y McGoldrick, 1991). Incluso se postula que entre mayor sea la disfunción de la familia antes de la muerte, más disfuncional será su reacción ante ésta (Jordan, Kraus y Ware, 1993). Si el investigador decidiera optar por una visión de este tipo, podría encontrar que una organización familiar adecuada, no resulta necesariamente funcional en el momento de la crisis provocada por la muerte, y viceversa, una organización familiar aparentemente disfuncional puede volverse necesaria para la familia en el momento de la muerte.

En este texto se prefiere adoptar una visión de las familias centrada en procesos y en cambio, no en categorías fijas, es decir se podría hablar de la capacidad de movimiento y *flexibilidad* de la familia en función de las demandas que enfrenta el sistema (Hoffman, 1981).

En consecuencia, se afirma que las familias pueden oscilar dentro de un continuo que incluye diversas maneras de organización familiar. En un extremo de este continuo se puede encontrar la organización centrípeta (Jordan, Kraus y Ware, 1993), ésta se caracteriza por una alta cercanía y dependencia entre los miembros y un alejamiento con respecto al exterior del sistema. En el otro extremo del continuo se encuentra la organización centrífuga o en la que la cercanía e interacción con el medio exterior es mayor, mientras que la dependencia y cercanía entre sus miembros es mucho menor.

En el momento de la muerte, la posibilidad de reorganización de una familia estaría dada, parcialmente, por la capacidad de flexibilidad de la familia. Dentro de este proceso existen dos momentos básicos en los que se requiere de un cambio mayor dentro del continuo de interacción centrípeta-centrífuga.

El primer momento se da en el periodo inmediato a la ocurrencia de la muerte, requiere de una reorganización *orientada al presente*, es decir que provea de una

base para la expresión emocional, al mismo tiempo que permita cubrir los requerimientos funcionales indispensables para la sobrevivencia de la familia.

El segundo momento se refiere a una reorganización *orientada al futuro*, la cual implica desprenderse de las interacciones creadas en el momento inmediato (generar simultáneamente nuevas interacciones) que pudieran impedir el cumplimiento de las futuras demandas de la familia o la creación de conductas orientadas hacia metas y relaciones futuras. Nuevamente es necesario aclarar que estos momentos no necesariamente están claramente diferenciados cronológicamente, pueden traslaparse, o la familia puede alternar entre estos dos momentos, esta alternación encajaría con la concepción circular del duelo, en donde cada vez que la familia recorre estos dos momentos lo hace con mayores recursos.

La reorganización orientada al presente sería más exitosa si la familia cambia a, o permanece en, un estilo de interacción primordialmente centrípeto o amalgamado; mientras que la reorganización orientada al futuro implicaría que la familia adoptara, aunque fuera a largo plazo, un estilo de interacción centrífugo (Jordan, Kraus y Ware, 1993).

3.4. Duelo y comunicación familiar

Una manera de observar las pautas de interacción familiar que ocurren ante la muerte es a través de los mensajes específicos que se dan en torno a este suceso. En el primer momento de reorganización, esto implica aclarar la información de los hechos y circunstancias en que ocurrió la muerte, llegar a la toma de una decisión con respecto al funeral, y expresar las emociones que suscita el evento.

Idealmente, la comunicación debe ser abierta y directa, todos los miembros de la familia deben ser incluidos en este proceso, incluyendo a aquellos que puedan ser considerados muy sensibles o vulnerables. Cada miembro debería expresar las emociones que le produce el suceso, así como tolerar las de otros por diferentes que sean (Walsh y McGoldrick, 1991).

A largo plazo, la reorganización familiar debería permitir que los miembros pudieran seguir expresando sus emociones con respecto a la muerte, pues conforme avanza el tiempo es más probable que las diferencias en las emociones individuales sean mayores (Jordan, Kraus y Ware, 1993).

Como puede verse, en este trabajo las emociones individuales que surgen en los dos momentos de reorganización se insertan dentro del proceso más amplio de la comunicación. Esto no implica negar otros factores en el surgimiento de la emoción como el impacto de la noticia; como si la pérdida es sólo física, si es funcional o

emocional (Bowen, 1991); en el caso de las pérdidas emocionales, el tipo de relación que cada individuo tenía con la persona fallecida (Walsh y McGoldrick, 1991).

Así mismo las emociones pueden ser parte de un estilo afectivo de responder y comunicarse en periodos de crisis (Rolland, 1990); quizá el estilo afectivo de cada individuo esté en función del rol (incluyendo el rol de género) que ejerce cotidianamente en su familia. Cuando la emoción es comunicada abiertamente puede suscitar un potencial empático (Paul y Grosser, 1989), o sea, puede hacer que surjan emociones similares en los otros miembros de la familia. Una aparente no-respuesta ante la emoción del otro, también representa una comunicación y un indicador de cómo serán las interacciones en el periodo de duelo cuando la misma expresión sea manifestada.

Algunas familias evitan expresar sus emociones con respecto a la muerte en los contextos cotidianos en que se desenvuelven por temor a la reacción de los otros, o por temor a que sus propias reacciones se salgan de control. Cuando son expresadas en el contexto de un ritual funerario se provee de "seguridad psicológica" que facilita el proceso de adaptación a la muerte, por eso es importante que la familia marque esta transición con un ritual en el que todos sus miembros puedan participar (Imber-Black, 1991).

Incluir la emoción individual en su contexto más amplio, lleva a afirmar que así como no existe el modo correcto de llevar un duelo, tampoco existe la emoción correcta o adecuada. El rango de emociones puede incluir la tristeza, el dolor, el enojo, el miedo, la culpa, incluso puede manifestarse una sensación de alivio. Estas no tienen porque ser expresadas en un orden cronológico especial, ni son mutuamente excluyentes.

3.5. Duelo y red social

En un contexto familiar que no permite la expresión abierta de las emociones, la red social de los miembros de la familia juega un papel importante en el proceso de adaptación a la pérdida, al proporcionar una base de apoyo para "ventilar" las emociones no expresadas en la familia.

Así mismo, esta red de apoyo puede ayudar a cumplir con las funciones básicas y necesarias para la vida cotidiana de la familia en el periodo inmediato a la muerte (Jordan, Kraus y Ware, 1993), pues en este periodo la familia se vuelve más dependiente de esta red (Leick y Davidsen-Nielsen, 1991). Aún cuando en el primer momento de reorganización la familia tiende a un estilo centrípeto de interacción, es importante que permita la entrada de esta red social, ya sea para que brinde apoyo emocional o instrumental.

En el momento de reorganización futura los miembros de la familia tendrían que reasumir las funciones que inicialmente cubría la red social, de igual manera tendrían que reanudar sus relaciones con la red social o los sistemas externos de los que se pudo haber separado en el primer momento del duelo, o también podría iniciar nuevas relaciones.

3.6. Duelo y desarrollo familiar

Tanto la interacción de la familia al interior, entre sus miembros, como hacia el exterior, con la red social, constituyen indicadores del manejo que hace la familia de la identidad en el proceso de reorganización ante la muerte.

Si se considera que la función psicológica y cultural de toda familia es la construcción de una identidad sólida; la reorganización de la familia ante la muerte debería tener como resultado una organización que promueva en sus individuos un balance adecuado de autonomía y pertenencia.

La formación de la identidad ocurre dentro de un contexto temporal de desarrollo, para que la familia cumpla con su función tendrá que oscilar a lo largo de su evolución dentro del continuo de interacción centrípeta-centrífuga.

En el momento de la aparición de una nueva generación, la familia debería cambiar su estilo de interacción hacia un modo fundamentalmente centrípeta. Con

el crecimiento de esta nueva generación la familia tendería a hacer más flexible su estilo de interacción, hasta llegar a un estilo primordialmente centrífugo que permita una identidad sólida para separarse de la familia de origen y formar una nueva familia (Combrinck-Graham citado en Jordan, Kraus y Ware, 1993).

Para poder explicar la reacción ante la muerte dentro de un contexto temporal evolutivo, se parte de la idea de que toda familia tiene o genera un estilo instrumental (Rolland, 1990) para enfrentar las crisis, es decir, tiene una manera particular de interactuar para resolver las demandas prácticas que ésta impone. En el momento de la muerte, la familia puede tener una *respuesta de fusión*, un cambio hacia una organización centrípeta, o una *respuesta de fisión*, un movimiento hacia una organización centrífuga (Jordan, Kraus y Ware, 1993).

Si el tipo de interacción que demanda la etapa del ciclo vital coincide con el tipo de reacción de la familia ante la muerte, es probable que la reorganización sea menos difícil y que al mismo tiempo la familia cumpla con sus funciones. Por el contrario, si el cambio de estilo interaccional ante la muerte se contrapone al estilo de interacción demandado por el momento de desarrollo, es probable que la reorganización se retarde: el momento de desarrollo puede demandar un estilo centrífugo y la familia tener una reacción de fusión, o viceversa, el ciclo vital demandar un estilo centrípeta y la familia responder ante la muerte con una reacción de fisión.

A partir de estas ideas se han introducido diversos conceptos para nombrar la coincidencia de la muerte con otras crisis, transiciones normativas y eventos causantes de tensión tales como: sobrecarga de demandas, estresores concurrentes, efecto de apilamiento del estrés (Walsh y Mc Goldrick, 1991; Jordan, 1992; Jordan, Kraus y Ware, 1993). Los tres conceptos hablan del efecto acumulativo que las tensiones pueden tener sobre la familia y de la incompatibilidad existente entre las tareas del duelo y las demandas que imponen otras tensiones.

Es por esto que se considera útil observar el proceso de adaptación a la muerte junto al proceso de desarrollo de la familia a lo largo del ciclo vital, en los párrafos siguientes se describirán las particularidades que presenta una muerte en cada etapa del ciclo vital de acuerdo al rol de la persona que muere y las demandas concretas de la etapa (esta descripción se basa en la propuesta por Mc Goldrick y Walsh, 1991).

En el caso de las *parejas recién formadas*, su meta principal es consolidar sus pautas de interacción, al mismo tiempo que modificar la relación con las respectivas familias de origen hacia un modo mucho más centrífugo. La muerte de un miembro de la familia de origen puede revertir este tipo de relación y hacer que el cónyuge dirija su atención y su lealtad a la familia de origen, teniendo como consecuencia el detrimento de la relación, o por el contrario, puede aislarse del

proceso familiar de duelo y no adaptarse a la pérdida del miembro de su familia, ni a un nuevo tipo de relación con la familia de origen dada la muerte de uno de sus miembros. La muerte de la pareja complica la adaptación a una vida autónoma y las relaciones con la familia política pueden volverse conflictivas.

En las *familias con hijos pequeños* la muerte de la pareja no sólo deja un gran vacío emocional, sino funcional, pues la pareja sobreviviente tendrá que cumplir por sí sola con todas las funciones parentelas, además de brindar el apoyo emocional a sus hijos ante la muerte de uno de sus padres. Intentar esconder las emociones provocadas por la muerte ante los hijos puede llevar a dificultar el proceso de duelo; de igual manera una atención excesiva a los hijos puede bloquear la expresión de dichas emociones. En esta etapa la muerte de un hijo pequeño tiene consecuencias sobre los individuos, la pareja y la familia de origen; en estos casos la reorganización se dificulta, en particular en lo que se refiere a la creación de nuevas pautas de interacción con la pareja y los hijos sobrevivientes, las emociones predominantes pueden ser la tristeza y el humor depresivo. Esta etapa tiende a ser de relaciones centrípetas, *si la familia tiene la misma reacción, entonces se tiene el apoyo mutuo necesario para adaptarse a la pérdida.*

La interacción de los miembros de *familias con adolescentes* suele ser una etapa de conflicto abierto, necesario para la negociación de nuevas relaciones jerárquicas y el logro de la autonomía del adolescente. Una relación conflictiva en el momento

en que ocurre la muerte hace más complicada la adaptación y genera emociones de enojo y culpa. Para un adolescente la muerte de un miembro de su familia puede llevarlo a aislarse de su familia o de su red social.

En el caso de la familia con *adultos jóvenes*, la tarea principal del sistema es la de promover y adaptarse a la autonomía de los hijos, y finalmente, a su salida del sistema. Sin duda es una etapa que demanda de una interacción centrífuga, la muerte del adulto joven o del padre, puede llegar a dificultar la salida del sistema, pues la familia tiene que enfrentar dos demandas: apoyar a todos los miembros que viven la aflicción de la pérdida y permitir la salida del adulto joven. En algunos casos puede implicar la renuncia temporal de los planes personales del individuo; por otra parte si se decide dar prioridad a las metas individuales, el proceso de duelo puede ser retardado o puede dar origen a conflictos en la familia.

En la última etapa del ciclo vital, es decir en la etapa en la que los hijos han salido del sistema y los cónyuges entran a la vejez, la tarea principal de la familia es la adaptación a la vida sin hijos en casa y a la pérdida de habilidades físicas y mentales. Para un anciano, la muerte parecería ser una presencia común: mueren la pareja, los hermanos y los amigos, no por ello deja de ser un choque, pues tiene que empezar a enfrentar la idea de su propia mortalidad; además sus redes de apoyo disminuyen. Para las generaciones más jóvenes, la muerte de un abuelo será más o menos difícil dependiendo del rol funcional y emocional que juegue en la

familia; en la mayoría de los casos los ancianos han delegado las tareas instrumentales cotidianas a los más jóvenes, sin embargo su rol emocional puede ser central, ya que muchos constituyen un punto central de unión de la familia extensa.

3.7. Respuestas disfuncionales ante la muerte

Cuando el investigador observa el proceso de duelo y el ciclo vital paralelamente puede darse cuenta de las ramificaciones que una muerte tiene tanto en la familia nuclear como en la de origen; ciertamente el proceso de reorganización no es fácil pues exige un gasto de energía emocional, de recursos personales, familiares y sociales que muchas veces pueden exceder las capacidades de la familia.

Si bien aquí se prefiere tener una concepción menos patologizante del duelo, es inevitable que en ocasiones la familia reaccione a la muerte en modos que resulten insatisfactorios para sus miembros; lo que se describe aquí corresponde también a ese posible abanico de reacciones y de *formas de adaptación* que se pueden tener ante la muerte, este tipo de respuestas "disfuncionales" pueden ser inmediatas, a largo plazo, o incluso pueden surgir en generaciones futuras.

En el corto plazo, periodo de reorganización orientada al presente, la familia puede desarrollar una respuesta de *fusión disfuncional* (Jordan, Kraus, y Ware, 1993) en donde el sistema se cierra y separa del exterior, la unión es excesiva y cualquier

intento de separación es rechazado o calificado de desleal; en consecuencia, los miembros de la familia evitan expresar emociones y la muerte se maneja como un secreto, se evita hacer cambios instrumentales o modificar las relaciones familiares después de la muerte.

En cambio, las familias que responden con una *fisión disfuncional* (Jordan, Kraus, y Ware, 1993) se separan (emocional y geográficamente) después de la muerte, ignoran a los otros miembros, rechazan la dependencia o la cercanía, incluso de aquellos quienes la necesitan, como los niños, además predominan los conflictos abiertos y la culpabilización mutua.

En algunas familias puede ocurrir una respuesta *híbrida* (Jordan, Kraus, y Ware, 1993), que conjunta ambos tipos de respuestas, algunos de los individuos se unen en exceso, pero se separan y tienen conflictos abiertos con el resto de la familia. En este tipo de reacción el riesgo de disfunción es mayor si existen alianzas y coaliciones entre miembros de diferentes generaciones.

Los tipos de respuesta anteriores pueden clasificarse como un intento por formar sistemas de relaciones más cerrados, en el primero la familia pone una barrera entre ella y el exterior, en el segundo las barreras son puestas entre los individuos, en el tercer tipo las barreras dividen el interior y el exterior de la familia. Estas

barreras pueden ser creadas como una manera de protegerse ante las emociones y la ansiedad de los otros (Bowen, 1991).

En este proceso de creación de barreras que separan a los individuos o a la familia, es probable que las emociones sean divididas, de manera que cada individuo expresa una sola emoción, aunque el individuo lo hace en representación de toda la familia, el resto de los miembros pueden reaccionar con culpabilización y creación de "chivos expiatorios", ante las emociones que se consideran inaceptables (Walsh y McGoldrick, 1991). La división de emociones y el aislamiento que provoca del resto de la familia puede llevar al individuo a un duelo o aflicción interminable, en el que existen síntomas de depresión severa que impiden reanudar las actividades cotidianas y cumplir con su rol de pareja o padre (Rosen, 1989).

El intento por crear barreras y aislar a los otros de las emociones individuales, también puede obstaculizar la reorganización orientada al futuro; aún cuando pudiera ser adecuado para una adaptación inmediata, si la familia no logra desprenderse de esas interacciones, el riesgo de disfunción en el futuro aumenta. Esto se explica porque en el sistema opera un sentido de *continuidad afectiva* (Paul y Grosser, 1989), en donde toda emoción expresada o no repercute en los demás miembros de la familia, incluso con aquellos que no tuvieron una relación directa con la persona que murió.

El concepto teórico básico que explica las consecuencias de la muerte en el largo plazo es la *onda de choque emocional*, el que se define como "una maraña espesa de contragolpes subterráneos constituidos por hechos de vital gravedad que se pueden producir en cualquier parte del sistema familiar extenso durante los meses o años que siguen a un acontecimiento de grave importancia emocional..." (Bowen, 1991 pp.161).

Los efectos de la onda de choque emocional serán vistos en aquellas familias que mantengan, en el largo plazo, una reacción disfuncional ante la muerte. Estas familias parecen detenidas en el tiempo (McGoldrick, 1991): se aferran a viejos patrones de interacción, mantienen sin cambio las emociones surgidas en el momento de la muerte, no establecen nuevas relaciones y tienen problemas con otras transiciones. En estas condiciones la familia vive bajo una enorme contradicción: la familia se relaciona como si los muertos estuvieran vivos, la consecuencia es que ante estas relaciones se sacrifica la individualidad, y los vivos se ven como si estuvieran muertos (Gelcer, 1983).

Esta congelación del tiempo se hará evidente en la conducta y las acciones de alguno de los miembros de la familia que intentará repetir o reparar (Byng-Hall, 1989) las conductas o roles presentes en el momento de la muerte. La persona puede identificarse con la persona muerta y reproducir el rol que tenía cuando

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

vivía. O bien, puede ocurrir una identificación con el agresor (el responsable de la muerte), lo que tiene como resultado conductas agresivas o que ponen en peligro a otros.

La aparente detención del tiempo en la vida familiar puede hacer aparecer a un paciente identificado, con conductas sintomáticas o problemáticas. Los niños son particularmente vulnerables a convertirse en pacientes identificados, dada su falta de recursos emocionales y cognitivos para adaptarse a una muerte en la familia; si el resto de la familia no provee de una base de apoyo a este niño, es muy probable que sus síntomas se vuelvan una manifestación de la dificultad de la familia para adaptarse a la muerte (Gelcer, 1989). Las conductas parentales de sobreprotección que impiden el funcionamiento autónomo del infante o las conductas que inducen al niño a que ocupe el rol de la persona muerta, pueden llevar a la aparición de síntomas (Krell y Rabkin, 1979) como el detenimiento del desarrollo general del niño en el momento en que ocurrió la muerte (Gelcer, 1989).

En las generaciones posteriores a la que ocurrió la muerte, la onda de choque emocional se puede manifestar en *reacciones de aniversario* (Walsh y McGoldrick, 1991) en la que el paciente identificado empieza a tener síntomas a la misma edad en que murió la persona de hasta dos generaciones atrás.

De hecho, problemas como síntomas psicológicos en mujeres (Jordan, 1992); desórdenes en la conducta sexual y relaciones extramaritales (Paul y Paul, 1982); conducta suicida en adolescentes (Gutstein, 1991); drogadicción (Coleman, 1991) y esquizofrenia (Paul y Grosser, 1989; Walsh, 1979) tienen como antecedente una alta frecuencia de muertes en la familia y una falta de adaptación a ellas, teniendo el patrón característico de interacción de las familias "congeladas en el tiempo".

Antes de terminar este apartado es necesario recordar que lo que aquí se denomina "familias congeladas en el tiempo" es una teoría o un mito más que permite que el observador conecte la muerte con la aparición del síntoma. Aunque este mito puede ser criticado por su énfasis en la parte rígida de la familia, al igual que toda construcción no puede ser juzgada por su similitud con la realidad, sino por su utilidad.

3.8. Circunstancias en que ocurre la muerte

No sólo las pautas de interacción pueden contribuir a la aparición de una reacción insatisfactoria para la familia o sus miembros. Existen factores ajenos a la familia que aumentan el tiempo de reorganización y la posibilidad de una reacción disfuncional, estos incluyen la edad de la persona que muere, las causas por la que ocurre la muerte y el tiempo que tarda la persona en morir. A partir de estos factores se hace una división en muerte por vejez, por suicidio, por enfermedad terminal y muerte súbita.

Ya en un apartado anterior se mencionó qué sucede cuando muere una persona de la tercera edad, hasta cierto punto, la muerte no resulta un evento inesperado; lo que implica que al menos en un nivel funcional, la familia esté preparada para adaptarse a ésta pérdida. Aquí sería importante saltar al nivel de las construcciones sociales que existen alrededor de lo que implica ser anciano, existe la idea generalizada de que la vejez es el mejor momento para morir (Walsh y McGoldrick, 1991). En una familia que haya incorporado esta construcción es probable que la adaptación tome menos tiempo.

La muerte que ocurre como resultado de una enfermedad terminal es un proceso radicalmente distinto al que se genera ante la muerte de un anciano. Incluso puede resultar inadecuado hablar de un sólo proceso de adaptación, más bien se trata de varios procesos paralelos.

Se habla de más de un proceso porque la familia se enfrenta a relaciones con sistemas no involucrados en otro tipo de muertes: la enfermedad, el moribundo y el personal médico (Bowen, 1991). Además la adaptación no es sólo una respuesta ante la muerte de la persona, sino un proceso de negociación con cada uno de esos sistemas, en el que la familia tiene que conciliar las demandas que le impone cada sistema con sus estilos instrumentales y afectivos de respuesta a cambios externos. (Rolland, 1990).

La conciliación enfermedad-sistema familiar implica hacer compatibles las demandas específicas de la enfermedad con el momento del ciclo vital en que se encuentra la familia. Se incluye como parte de las demandas o características de la enfermedad su aparición, si es repentina o gradual; su curso, si es una enfermedad progresiva, constante o que reincide; sus consecuencias, si es fatal o si disminuye el tiempo de vida; así como el grado de incapacitación que causa en la persona (Rolland, 1990). Dadas estas características la familia tiene que generar las pautas de interacción que permitan reorganizar los roles y las reglas familiares de tal manera que se puedan movilizar recursos para cuidar al enfermo y cumplir con las funciones determinadas por la etapa del ciclo vital (Rolland, 1990; Rosen, 1991).

Paralelamente, la familia tiene que crear un nuevo modo de relacionarse con el enfermo, como ya se ha dicho, es mejor que la familia lo haga en un contexto que permita el intercambio de información con respecto a la enfermedad, la comunicación abierta con respecto a planes futuros, la expresión de las emociones relacionadas con la enfermedad y la proximidad, o inevitabilidad, de la muerte.

Este proceso puede ser facilitado u obstaculizado por el personal médico, pues es este sistema quien posee la información acerca de las características de la enfermedad y su pronóstico. Su participación es fundamental desde los modos en que entrega el diagnóstico. Si las pautas de comunicación del personal médico y las

de la familia son opuestas es probable que se cree una relación conflictiva entre ambos sistemas que tendrá repercusiones en la adaptación a la muerte.

Cuando se crea un sistema de relación de comunicación cerrado entre enfermo, familia y personal médico, la adaptación será mucho más difícil; en un patrón de comunicación que niega las consecuencias de la enfermedad, el resultado puede ser una situación de doble vínculo. En esta situación, se dan mensajes contradictorios al enfermo: el personal médico y su familia lo tratan como enfermo pero niegan verbalmente que lo está, si el enfermo actúa como si fuera a morir se le rechaza al decirle que la muerte no ocurrirá; si actúa como sano se le rechaza también porque quienes lo rodean saben que la muerte está próxima. El paciente busca apoyo emocional por eso está dispuesto a comportarse como le indiquen las personas de su entorno, pero cualquier conducta que emite es rechazada. (Erickson y Hyerstay, 1980).

No sólo los modos de comunicación inadecuados generan tensión ante la enfermedad y la muerte, la ambigüedad es el elemento que hace más vulnerable a la familia ante la tarea de la reorganización y la adaptación.

La ambigüedad se define como la falta de claridad con respecto a quién forma parte del sistema familiar y quién no, generalmente esto ocurre en familias en las

que hay personas físicamente presentes y emocionalmente ausentes; o en familias con una persona presente emocionalmente, pero ausentes físicamente (Boss, 1991).

Las familias con un miembro que tiene una enfermedad terminal se enfrentan a un alto grado de ambigüedad, además se trata de una ambigüedad a largo plazo, la persona está emocionalmente presente pero no participa en las actividades cotidianas de la familia, incluso es probable que llegue un momento en que no pueda responder afectivamente a los demás miembros.

Al igual que en muertes por otras causas, la adaptación es facilitada si la familia se comunica abiertamente, es flexible y capaz de movilizar sus recursos. Una vez que ocurrió la muerte la reorganización familiar puede ser menos difícil pues es prevista por los miembros de la familia, lo que hace que antes de la muerte se ponga en marcha un proceso de duelo anticipatorio (Rosen, 1991).

En contraste con las otras causas de muerte, el suicidio sí puede tener como origen las pautas de interacción familiar; ya que tiende a ocurrir en sistemas de relación cerrados, en donde el suicida y la familia se encuentran aislados entre sí, a su vez ambos están separados de la familia extensa y de la red social. En estas familias existe una prohibición de recurrir a los sistemas externos, aún en momentos de tensión y tienen un antecedente de intentos fallidos de adaptación a situaciones de crisis (Gutstein, 1991).

Dado que se trata de una muerte fuera de tiempo, inesperada y voluntaria, puede ser que las relaciones con el suicida hayan sido de conflicto; en consecuencia la emoción predominante puede ser la culpa. Es probable que la reorganización sea difícil, incluso presenta riesgos de una disfunción futura, a menos que en el momento de la muerte, la familia muestre flexibilidad y sea capaz de abrirse y pedir ayuda a la red social.

De la separación que se ha hecho de los diferentes causas de la muerte y sus consecuencias en el proceso de duelo, la muerte súbita o repentina es la más difícil de definir, ya que en este rubro se incluyen una serie de causas diferentes entre sí. Entre estas causas se incluyen los abortos no provocados, el alumbramiento de un niño muerto, la "muerte de cuna", accidentes, muertes en desastres naturales, asesinato, causas físicas que llevan a una muerte instantánea, etc.

Los elementos que comparten estas causas para ser incluidas en el rubro de muerte súbita es que son prematuras e inesperadas, ocurren de manera repentina, no existe un periodo largo en el que la persona muere como en el caso de las enfermedades terminales, ni se trata de una muerte voluntaria. Se puede hacer un corte arbitrario en el ciclo vital y considerar muerte súbita desde la muerte de un feto, la de un niño o un adolescente hasta la muerte de un adulto joven o un padre con hijos en edad escolar.

La ocurrencia de una muerte repentina hace que el proceso de duelo familiar tenga diferencias con respecto al duelo que tiene como antecedente otras causas de muerte. Aunque es necesario aclarar que en la práctica estos rubros no siempre están nítidamente diferenciados entre sí; es probable que entre más temprana sea la ocurrencia de la muerte se puedan observar con mayor claridad el tipo de respuesta familiar que corresponde a la muerte repentina.

Ante una muerte repentina la reorganización emocional y funcional tomará mayor tiempo, ya que los miembros de la familia carecen del tiempo para prepararse emocional o funcionalmente para la pérdida. Las circunstancias tan repentinas en que ocurre la muerte crean una situación de alta ambigüedad, pues la familia no siempre tiene información clara de cómo ocurrió la muerte, en algunas ocasiones no tienen la posibilidad de recuperar el cuerpo, lo que hace aún más ambigua la situación.

La falta de anticipación y la ambigüedad pueden condicionar una reacción disfuncional que tiene repercusiones en las relaciones de todos los miembros de la familia nuclear y extensa, así como de sus miembros con la red social. En ocasiones, la respuesta de la red social puede ser de aislamiento en vez de apoyo, si no sabe cómo enfrentar las emociones de los miembros de la familia.

A diferencia de una muerte por enfermedad terminal, la muerte repentina no da a los miembros de la familia la oportunidad de resolver los conflictos con la persona que murió. En estas condiciones la intensidad de las emociones puede ser mucho mayor, también serán mayores las diferencias en las emociones expresadas por los individuos de la familia.

No importa que el papel funcional de quien muere sea mínimo, como en el caso de los niños, si juegan un papel emocional importante, la posibilidad de que el proceso de duelo se vuelva interminable en toda la familia o en alguno de sus miembros es también mayor.

En parejas cuyas familias de origen tienen como antecedente varias muertes repentinas que ocurren en un corto intervalo de tiempo, la probabilidad de conflicto marital, conflictos transgeneracionales, o de aparición de miembros sintomáticos aumenta (Jordan, 1992).

Indudablemente, una muerte produce una ruptura en la continuidad del ciclo vital, ruptura que tiene ramificaciones en todas las relaciones en las que participaba la persona que murió. El resultado de la reorganización ante esta ruptura es impredecible; las pautas de relación que la familia generará ante esta muerte inevitablemente serán diferentes de las que existían antes de la muerte, en ocasiones existirá una oscilación entre las pautas que emergen y las que predominaban antes de la muerte.

No se puede determinar con precisión si esta oscilación llevara a una adaptación satisfactoria para el sistema y sus miembros. De esta manera lo que el observador del fenómeno de la muerte puede hacer es ponerla en el contexto amplio que ocurre, ya que él sólo puede hablar de factores que aumentan o que disminuyen la probabilidad de una adaptación satisfactoria.

El observador tendría que considerar estos factores y pensar que algunas familias, aún ante la presencia de una gran cantidad de factores predisponentes de la disfunción, pueden gracias al impacto de la crisis originar la capacidad de movimiento en el continuo interaccional y desarrollar recursos, aún cuando la familia no los haya tenido en sus experiencias anteriores.

Cabe advertir que quien observa éste fenómeno debe ser cuidadoso y no guardar ideas utópicas acerca de lo que significa la resolución individual o familiar del

duelo, las cuales pueden a llevar a patologizar un proceso que constituye una reacción normal ante la muerte.

En este capítulo se propuso una lectura que tomara en cuenta el amplio contexto de relaciones interpersonales en que ocurre la muerte, para ampliar el campo de observación y disminuir en consecuencia el campo que corresponde a lo "anormal" o "patológico".

Sin embargo el proceso de reorganización ante la muerte no se limita a la parte emocional, funcional o interaccional; pues paralelamente ocurre un proceso de construcción de historias y mitos que permitirán a la familia tener distintas maneras de ver o construir significados ante la experiencia de la muerte a lo largo de su proceso de reorganización; de este proceso se hablará en el siguiente capítulo.

4. MUERTE Y CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD FAMILIAR

4.1. Historias y diálogos

Los distintos ámbitos de la vida social y científica están llenos de versiones contradictorias de la realidad (Gergen, 1992), el ámbito de la salud mental no es la excepción, cada paradigma reclama ser el "verdadero"; el que descubrió la causa de la salud o la enfermedad mental y el que tiene las herramientas para cambiar esa causa.

Cuando un individuo o una familia acude a terapia, también sabe cuál es su "verdadero problema" y cuál es "la causa"; sólo acuden al terapeuta para que les diga cómo remediarlo.

El encuentro entre terapeuta y cliente se vuelve entonces un choque de verdades; lo más probable es que la verdad del cliente resulte perdedora porque el terapeuta tiende a ser definido como el experto, lo que por ende coloca al cliente en el lugar de ignorante. A lo largo de la terapia, el cliente tendrá que renunciar a su narración del problema y empezar a contar la misma historia que cuenta el terapeuta, idealmente esa nueva historia tendría que llevarlo a resolver su problema o a la desaparición de su síntoma.

Cuando el motivo de la consulta en terapia es la pérdida de un ser querido, el tema central, el mito del terapeuta en que se basará la terapia, es despedirse del muerto. A lo largo de la terapia el cliente tendrá que "decir adiós" a la persona que murió y a todo aquello relacionado con ella (White, 1994). Si el cliente logra decir adiós, si logra contar las mismas historias del terapeuta, se dirá que el cliente ha resuelto su duelo y que ha logrado reconocer "la realidad".

Esta visión proviene de una epistemología tradicional, basada en la idea de que la verdad del terapeuta es el reflejo fiel de la realidad. Como ya se ha señalado, quien decide adoptar una visión constructivista, no puede juzgar su conocimiento ni el conocimiento de sus clientes por su nivel de cercanía con la realidad. Se vuelve difícil poner en práctica esta premisa en el caso de la reacción de la familia ante la muerte; por un lado hay una serie de ideas que señalan que la visión tradicional del duelo es limitada, por otro lado, hay una parte innegable de "la realidad": la ausencia física definitiva de un miembro de la familia.

Uno de los grandes limitantes del duelo, visto desde una perspectiva epistemológica tradicional, es que se han creado una serie de ideas rígidas con respecto a la resolución normal del duelo, que no necesariamente reflejan la experiencia de los individuos que lo viven, por lo tanto se vuelven utópicas (Wortman y Silver, 1989).

La utilidad de estas ideas ha empezado a cuestionarse, se duda si a toda muerte debe seguir una reacción de depresión y si la ausencia de la misma es indicadora de patología; se ignora cuál es el camino correcto para "elaborar" la pérdida; incluso la idea de adaptación o resolución total se tambalea (Wortman y Silver, 1989).

En este punto hay que repetir que una muerte implica la ausencia *física definitiva* de una persona, en esta afirmación sólo se hace referencia a un nivel *físico o perceptual*, es decir a una realidad de primer orden. Decir que la muerte es un evento alegre o doloroso, implica hacer referencia a una realidad de segundo orden, que atribuye significado a los eventos.

Luego entonces, cuando los estudiosos del duelo hablan de términos como *aflicción, depresión o tensión emocional*, están *asumiendo a priori* que toda muerte es necesariamente un evento negativo, es decir *están construyendo un significado*; sin embargo se le asume como una *verdad universal y atemporal*.

No sólo la *visión tradicional* del duelo ha sido criticada, también se ha argumentado que no es posible investigar acerca de la muerte desde una postura *constructivista*: "las teorías constructivistas devaluaron aún más la relevancia de los eventos de la vida (presumiblemente de la muerte también); al argumentar que la realidad nunca puede ser conocida, que toda experiencia es subjetivamente co-

construida, por lo tanto cualquier intento por descubrir sucesos objetivos está desviado y resulta irrelevante en el momento de cambiar puntos de vista actuales" (Walsh y McGoldrick, 1991; pp.6).

El investigador del tema de la muerte se enfrenta a un problema del cuál no hay salida porque da la impresión que investigar acerca de la muerte y tener un pensamiento constructivista, son dos cosas contradictorias; por otra parte un pensamiento epistemológico tradicional cosifica el fenómeno del duelo y cierra la posibilidad de visiones alternativas acerca del mismo.

Pero trabajar con el tema de la muerte con un pensamiento constructivista no necesariamente resulta una contradicción; siempre y cuando el investigador tome en cuenta que sus observaciones no hacen referencia a la realidad sino a una cadena de asociaciones-distinciones que el ha decidido crear.

En esta cadena el tema de la muerte *puede conectarse* con ciertos síntomas o problemas para usarlo como una vía para el cambio terapéutico. Esta conexión o asociación será útil en la medida en que sea validada por el cliente y será más eficaz cuando sea él quien lleva a la terapia una narrativa cuyo tema central es la muerte.

Así pues, la terapia deja de ser una lucha de verdades, para convertirse en un espacio de diálogo que tiene la posibilidad de generar múltiples verdades o significados los cuales llevan al cliente a resolver su problema (Anderson y Goolishian, 1989).

Cuando el tema del diálogo terapéutico es la muerte de un miembro de la familia, el terapeuta requiere de un marco de pensamiento, de un conjunto de hipótesis y de herramientas que le permitan crear el contexto adecuado para que el cliente pueda generar nuevos significados y conductas ante la experiencia de la muerte.

El marco de pensamiento se ha descrito en los tres primeros capítulos, en este capítulo se pretende proveer de un conjunto de hipótesis que describen el proceso de cambio que se origina en la construcción de la realidad familiar a partir de la ocurrencia de una muerte. Se espera que estas hipótesis brinden nuevos caminos de conversación terapéutica, que amplíen e incorporen la conversación tradicional basada en el mito de "decir adiós".

4.1.2. La muerte en el contexto cultural

La reacción de la familia ante la muerte no ocurre en el vacío; interacciones y significados emergentes se entrelazan con las historias y mitos que los sistemas mayores han creado acerca de esta experiencia.

La relación entre familia y el contexto más amplio no es simple, sería limitado decir que cada familia sólo reproduce las reglas dictadas por cualquier sistema mayor, sea la religión, la cultura, el sistema económico o el momento histórico; sobre todo cuando se parte de la premisa de que son sistemas en interacción y que la interacción tiene propiedades cualitativamente diferentes de la simple suma de sus partes.

Como producto de esta interacción entre la familia y el contexto sociocultural surge una construcción, probablemente de carácter universal, que da forma parcialmente a los significados que se crean en torno a la muerte, esta construcción es el ciclo vital.

Se asume que los seres vivos, nacen, se desarrollan, se reproducen y mueren; en una de las modalidades de la epistemología tradicional que afirma que lo biológico o natural es igual a lo verdadero, se confunde dicha construcción con la realidad.

De esta construcción se derivan relatos acerca de la muerte en diversas culturas en los que se dice que la mejor muerte es aquella en que la persona ha vivido una larga vida (Walsh y McGoldrick, 1991); en la que ha podido cumplir con las etapas que dicta esta construcción del ciclo vital. Asimismo, incluso en aquellas culturas en que la muerte no es considerada un evento negativo, una muerte que ocurre

"antes de tiempo" es causante de dolor y aflicción entre quienes la viven (McGoldrick, Almeida, Moore-Hines, Rosen, García-Preto y Lee; 1991).

Los relatos acerca de la muerte no son ajenos a ninguna cultura, éstos se encuentran ligados a los relatos acerca de la vida; ambos intentan dar forma a la parte menos racional y predecible de la experiencia humana.

Al convertir estas experiencias en relatos el ser humano conecta vida y muerte, el origen y el fin en un proceso recursivo, en donde uno es inconcebible sin el otro: el significado de muerte adquiere su forma en función de como se construye el significado de vida y viceversa (Seltzer, 1989).

Se ha argumentado que todas las acciones del individuo dependen de la construcción que hace acerca del propósito de la vida y acerca del origen de la muerte; incluso se argumenta que la conducta y la narrativa de un individuo son una manifestación de dos temas centrales: la vida y la muerte (Rowe, 1989).

El marco de pensamiento aquí descrito impide pensar en la posibilidad de que la diversidad de historias pueda ser producto de una "esencia profunda", en este caso vida y muerte. Lo que sí es posible argumentar es que la ausencia o presencia de mitos acerca de la vida o la muerte marcará diferencias en los modos en que se reacciona y se construye esta experiencia.

Por ello, quien investiga el tema de la muerte debe considerar cuáles son los mitos de la familia y de su cultura acerca de la explicación que dan a la vida y la muerte, incluyendo a aquellas que hacen referencia a lo que pasa con la persona después de que muere (McGoldrick et. al, 1991).

Los mitos acerca de algún tipo de existencia después de la muerte están vinculados con una manera particular de ordenar y *construir el tiempo*. Algunas culturas ponen mayor énfasis en el valor del pasado y la tradición, de manera que los eventos actuales (la muerte también) se ve en función de lo sucedido en el pasado. Para otras culturas el presente es visto por el modo en que afecta el futuro; algunos más conciben los diferentes momentos del tiempo como entidades desligadas (McGoldrick et. al, 1991).

Los mitos acerca de la existencia después de la vida y los modos en que se construye la experiencia del tiempo dan un matiz particular a la reacción ante la muerte. En función de estas construcciones la muerte puede ser vista como un evento que causa una fractura en la continuidad de la vida del individuo, la familia o la cultura; o por el contrario puede ser vista como parte inherente de esa continuidad (McGoldrick, et. al, 1991).

Las experiencias que involucran la muerte son diferentes para cada grupo étnico o religioso; incluso en términos cuantitativos. En algunos grupos la mayoría de los individuos mueren en la vejez; la pobreza en que viven otros será determinante de una alta mortandad en niños, hay otros grupos que en el pasado han sido objeto del exterminio (McGoldrick et. al, 1991). Más allá de constituir simples cantidades, el número o el tipo de experiencias que el grupo tiene con la muerte hace que se le construya de maneras diferentes.

También el valor que cada cultura atribuye a la conexión entre sus individuos hace que la muerte se vea desde distintas perspectivas. Cuando se valora mucho la interdependencia del individuo con su familia y de ésta con la comunidad; la muerte será vista como una experiencia que afecta a toda la comunidad (McGoldrick et. al, 1991).

Sin embargo, en un mundo en el que "la realidad" se ha convertido en un conjunto infinito de realidades y verdades, es difícil encontrar en la familia una expresión pura que refleja nítidamente el significado que en su contexto socio-cultural se da a la muerte.

Cada familia reconstruye estos significados y les da una forma que se amolda a las experiencias y significados que en su historia particular se ha dado a la muerte.

Cada vez que ocurre una muerte se modifica la forma en que la familia *da lectura* a los significados que su contexto le brinda.

Quizá este mundo lleno de verdades ofrece a la familia una variedad de modelos que le indican cómo reaccionar ante la muerte, o quizá sólo confunde a la familia y la deja sin un modelo coherente que le indique cómo reaccionar y construir la experiencia.

Se argumenta que, al menos en las sociedades industrializadas, se carece de tal modelo porque se han sustraído de la vida cotidiana las experiencias, los relatos y los rituales acerca de la muerte: la gente muere en un hospital sin la compañía de su familia y las características del ritual funerario son determinadas por la industria funeraria, son una expresión del capitalismo, no de valores étnicos o religiosos (Imber-Black, 1991).

De esta manera, la muerte se vuelve una experiencia desconocida, y entre más ajeno resulta a una familia una experiencia, entre más alejada de su visión de la realidad, más difícil resulta construir la experiencia y adaptarse a ella.

En algunos casos la muerte no es sólo una experiencia desconocida, sino rechazada, en cada contexto sociocultural hay formas "socialmente aceptadas" de morir, mientras que otras son estigmatizadas.

El contexto cultural puede proveer de un conjunto de relatos para las muertes aceptadas o las estigmatizadas, mismos que la familia puede usar para narrar la muerte de uno de sus miembros. Pero puede suceder que estos relatos no encajen con la experiencia particular de la familia, que les resulten insuficientes, de tal modo que los individuos se ven en el dilema de crear su propia historia o de usar la historia del sistema externo. En cualquiera de los dos casos la familia tiene que conseguir el apoyo de las personas y sistemas de su entorno.

Si el contexto no brinda este conjunto de relatos acerca de la muerte, o los relega al territorio de lo censurado, la familia se enfrenta a la tarea de crear significados ante esta experiencia y de ponerlos a prueba para que sean validados por el contexto. Cuando las historias acerca de la muerte son censuradas por el contexto, la familia puede hacer de su relato un relato privado que no es compartido, haciendo probablemente más difícil adaptarse a la experiencia.

La construcción de significados acerca de la muerte en el proceso de interacción familia-contexto sociocultural depende en gran parte de la relación que existía previamente. Si existe un fuerte lazo de unión, es decir relatos y mitos compartidos por ambos sistemas, es probable que la relación durante la muerte sea de apoyo. Si no hay esa visión compartida de la realidad, es probable que la visión que se tiene

acerca de la muerte tampoco sea compartida, ni que la red social participe en los rituales funerarios o los apruebe.

Aún así toda muerte como evento de crisis, tiene el potencial de cambiar las relaciones de la familia con su contexto inmediato y los significados que se ponen en juego. La experiencia puede despertar el llamado "potencial empático", es decir, generar un dialogo en donde no lo había, o por el contrario, puede interrumpir un proceso de dialogo que hasta antes había sido satisfactorio para las partes.

4.1.3. Rituales

Ante la presencia de la muerte, el ritual constituye un espacio en el que se transponen significados contradictorios; entre ellos, los significados de la familia y de su contexto sociocultural.

Gracias al potencial del ritual para expresar la contradicción, la familia puede sacar su emoción en un ambiente que facilita la conexión interpersonal. De manera simultánea la familia honra a su difunto, marca la permanencia de la familia como unidad aún ante la crisis, mantiene sus tradiciones y señala la evolución hacia una nueva visión de la realidad (Imber-Black, 1991).

La familia que no lleva a cabo un ritual se queda desprovista de un contexto protector en el que se señala la transición, incluso es posible que la familia

permanezca en un estado de ambigüedad indefinidamente; la que puede detener un proceso de reconstrucción de la visión de la realidad.

Cuando la familia lleva a cabo un ritual funerario cuyas características no fueron decididas por la propia familia; la familia se queda con una sensación de alienación, desligada de su tradición y sin una clara dirección hacia el futuro.

La vida de toda familia está llena de rituales, y cuando alguien muere, esta vida ritual se transforma; el hecho de que una familia mantenga, abandone o cambie los rituales que realizaban antes de la muerte indica la dirección que puede tomar las historias y los mitos que la familia creará. Quizá esto se debe a la relación que existe entre ritual e historia; cada ritual es una oportunidad para narrar y crear historias; cada historia puede cambiar los futuros rituales (Imber-Black, 1991).

Si la familia abandona todo ritual, es probable que la familia no sólo no convierta en historia la experiencia de la muerte, sino que deje de contar otras historias que daban coherencia a su entorno y a su imagen. Al vivir en un mundo carente de historias cada individuo queda asfixiado por su emoción, aislado de los demás y sin una dirección hacia el futuro.

Cuando la familia continúa con su vida ritual tal como era antes de la muerte, puede encontrar que ya no le resulta satisfactoria, por lo que no promueve la

conexión interpersonal. Posiblemente este tipo de respuesta es un intento por mantener sin cambios la visión previa de la realidad.

Por otro lado esta respuesta puede ser una manera en que la familia se mantiene conectada a su pasado, de manera que puede conversar acerca de sus leyendas incluso en las que la persona que murió aparece como personaje.

Si además la familia puede introducir nuevos rituales o modificar los rituales pasados, es posible que la familia pueda incluir no sólo nuevas conversaciones acerca del pasado, sino crear historias diferentes para el presente y el futuro.

4.1.4. La muerte como historia

Hasta ahora se ha establecido un puente que enlaza las conversaciones familiares con las del contexto sociocultural; el ritual es uno de los lentes con los que se puede observar este entrecruzamiento de significados; con ello el campo de observación se amplía aún más, lo que hace al proceso muy complejo.

La aceptación de la complejidad es inherente al tipo de pensamiento aquí empleado, es parte de esa concepción de los sistemas humanos en constante evolución. Esta complejidad hace difícil afirmar en qué momento la familia inicia el proceso de cambio en su visión de la realidad.

Cuando los individuos se enteran de la noticia de la muerte, su primera reacción es emocional, el impacto de la noticia obstruye toda expresión lingüística. Si surge algún relato, parece a su autor pobre y vacío, las palabras son insuficientes para retratar la emoción que produce el evento.

En un inicio, es probable que la transformación de la experiencia en lenguaje no tome la forma estructurada y coherente de un relato; conforme avanza el tiempo cada individuo empieza a alternar entre la expresión de la emoción pura, carente de lenguaje, y la narración de la emoción; empieza entonces un proceso recursivo, en el que la emoción da forma a la historia y la historia modifica la emoción.

Si el individuo se encuentra acompañado, hay entonces un grupo de autores que pueden poner palabras a lo que en un principio parecía no tenerlas. El proceso recursivo entre la emoción y la historia se vuelve responsabilidad del grupo; cada individuo puede poner palabras a la emoción del otro, de ésta manera modifica su propia emoción y su propia historia.

Paralelamente la familia se ve envuelta en la tarea de explicar la causa de la muerte, en ocasiones para la familia tiene una causa racional o predecible, en otras es incierta. Los individuos determinan quiénes son los personajes involucrados y cuál es el ambiente en que se desenvuelve la acción; luego, empiezan a conectar en

una secuencia temporal los eventos y las acciones que antecedieron y siguieron a la muerte del individuo (Sedney; Baker y Gross, 1994).

Este puede ser el primer intento de la familia por transformar la experiencia de la muerte en un relato que encaja en la visión de la realidad familiar o que la modifica. Esta historia no es un reflejo exacto de los "hechos reales", es el resultado de un proceso de edición en el que cada individuo decide qué eventos incluir y cuáles dejar fuera.

Pueden surgir tantas historias como individuos hay en la familia, las que pueden ser muy diferentes entre sí; en ese momento se tiene que emprender un proceso de negociación en el que se llegue a un relato común, o en el que los individuos puedan aceptar la existencia de versiones diferentes.

Este diálogo puede convertirse en un conflicto, en el que una persona intenta imponer a otros su versión, en este proceso emergen nuevas emociones que impiden escuchar otras versiones; el resultado puede ser el aislamiento.

Por otro lado la presencia de una emoción común puede ayudar a crear un relato compartido o viceversa; también puede facilitar la escucha de relatos diferentes; se trata de un proceso en el que la emoción, la historia y la relación se modifican unos a otros.

4.1.5. El contexto de interacción

Lo que se conversa acerca de la muerte está influenciado parcialmente por el contexto de interacción familiar. De esta manera cada persona puede tener acceso a fragmentos de información (acerca de cómo ocurrió la muerte) o a su totalidad, la posibilidad de dialogar, juntar las piezas de información y hacer un relato común está en función de este contexto.

Las características del contexto tales como los miembros que participan, los que no lo hacen o que son excluidos, llevan a la formación de distintos subgrupos en el interior de la familia; por lo tanto a la construcción de relatos distintos. También la información no compartida lleva a la creación de historias diferentes, las que a su vez tienen implicaciones sobre las interacciones futuras.

En función del contexto interaccional se toma la decisión de quién cuenta la historia, a quién y en dónde. Las reacciones de los demás al escuchar por primera vez la historia pueden marcar cómo se contará la historia en futuras ocasiones (Schnitzer, 1993) abriendo la posibilidad de transformar o cosificar el relato.

Todo este proceso determina si cada individuo puede convertirse en autor, y encontrar su propia manera de enfrentar y construir la experiencia.

4.1.6. El territorio de lo no dicho

El contexto de interacción delimita en parte el territorio de lo no dicho, pues como toda historia, la que habla acerca de la muerte contiene una parte no imaginada y una parte censurada, ambas tienen efectos sobre las personas que viven la experiencia de una muerte.

La experiencia puede ser tan inesperada, tan ajena a la visión de la realidad familiar, que los individuos se quedan sin historias para explicar el evento. No se trata necesariamente de una experiencia deliberadamente censurada; lo que sucede es que los individuos no pueden conectar la experiencia con su visión de la realidad, no distinguen cuál fue su papel en la experiencia, ni tampoco se ven como sujetos capaces de cambiarla.

La ausencia de una historia contribuye a mantener ese sentido de incompetencia ante la crisis, pues no posibilita la búsqueda de recursos o de nuevas conductas que permitan la reorganización de la vida cotidiana y la continuación de metas futuras.

En el caso de muertes que son definidas socialmente como vergonzosas o anormales, o en aquellas que no tienen una causa definida, la probabilidad de narrativizar el evento disminuye considerablemente (Laird, 1989).

Los miembros de la familia siempre tienen como vía recurrir a las historias y mitos existentes para explicar la ocurrencia de la muerte, pues la función de los mitos es rellenar aquellos huecos de la experiencia que no tienen una causa racional (Andolfi y Angelo, 1989).

Pero si la familia no encuentra la manera de asociar esta experiencia con las historias y mitos de los que dispone, es probable que ante lo extraño de la experiencia la familia caiga en el territorio de lo no dicho.

Otra de las opciones es la censura deliberada del relato, ya sea que se omitan las partes consideradas vergonzosas o la *totalidad del mismo*; puede ser que a *determinados individuos* se les impida escuchar o contar el relato. La censura puede ser el resultado de las características de la interacción familiar; o bien, puede ser resultado de la definición que se hace de la experiencia.

Un relato censurado repercute sobre toda la visión de la realidad familiar, crea incoherencia y no permite el movimiento hacia nuevas versiones. Ante estas circunstancias los individuos tampoco pueden dialogar acerca del tema, pueden empezar a cuestionar, o a modificar, la imagen que antes tenían de la familia.

Si esta censura conduce a la censura de las historias que tienen que ver con la persona que murió; la familia puede resquebrajar su sentido de identidad, de

modo que se deja de recurrir al pasado como una fuente de recursos o que da fortaleza a la familia.

La censura no tiene porque ser un estado permanente para la familia, cada uno de sus miembros pueden encontrar vías o contextos alternativos de expresión de la emoción. Si en estos contextos encuentran la posibilidad de narrativizar la experiencia, o de verse como individuos capaces de conversar acerca de la muerte, es probable que alguno de los individuos introduzca este tema en la familia.

La descripción que se ha hecho hasta ahora se refiere primordialmente al relato de cómo ocurrió la muerte, quizá este relato constituye un punto de partida que permite a la familia modificar su construcción de la realidad. No por ello debe entenderse que la "reconstrucción de los hechos" es suficiente para adaptarse a la experiencia, ni tampoco debe entenderse que ésta es la única historia que aparece.

Por consiguiente, hay que tomar en cuenta la parte no imaginada de todo relato y pensar que la historia acerca de cómo ocurrió la muerte se puede conectar a otras historias. Es una nueva historia que puede ser modificada y que es capaz de modificar la manera en que se leen otras historias. Cada narración enriquece el relato, cada diálogo pone a la historia en evolución.

Los individuos tienen la posibilidad de ver la experiencia de la muerte con distintos lentes; la misma historia acerca de la muerte puede convertirse en un lente para observar la realidad.

4.1.7. Pasado, presente y futuro

El pasado es uno de los lentes que la familia puede usar para leer la experiencia de la muerte, incluso puede funcionar como una guía que indica a la familia como reaccionar.

Si a lo largo de su historia la familia creó leyendas acerca de la muerte, es probable que la familia repita las reglas y las conductas antes empleadas (Byng-Hall, 1991). Bajo esta idea, se puede pensar que el significado adscrito a la muerte será una repetición del significado construido en el pasado a las muertes en generaciones pasadas.

Ciertamente, la familia puede recurrir al pasado en su afán por encontrar sentido a la muerte, es una manera de conectar la experiencia, aparentemente desconocida e incontrolable, con algo conocido para que resulte más manejable. En este intento la familia puede recuperar las conductas y los significados que le permitieron salir adelante en tales ocasiones.

Si la familia se involucró en conversaciones acerca de la muerte como un evento futuro: la "mejor forma" de morir, qué hacer con los restos, qué significa la propia muerte, etc. Cuando ésta ocurre las personas que escucharon estos relatos, pueden adoptar como propios esos significados y reaccionar en consecuencia a ellos.

No necesariamente esto hace la transición más fácil, sobretodo si la muerte no ocurrió en las condiciones en las que la persona o la familia hubiera deseado. No obstante, si la familia ha mostrado que es capaz de conversar acerca de la muerte, es más probable que lo haga cuando esta ocurre.

Cuando ocurre una muerte, los eventos pasados se leen de manera distinta, en particular las acciones y las palabras de quien murió, este cambio de visión puede ser una manera de conectar y dar sentido a aquellas muertes que no parecen tener una causa lógica o razonable.

Por ejemplo, se ha argumentado que después de la muerte de un niño, sus padres se dan cuenta de que ellos habían dejado señales en las que se despedían de ellos porque sabían que iban a morir (Kübler-Ross, 1985). Esta idea, vista como una *construcción* que la familia crea para ordenar y dar significado a su experiencia puede ser útil; atribuirle un valor de realidad es peligroso porque se vuelve la imposición de una visión que no necesariamente se adapta a los mitos de todas las familias.

Todas estas ideas llevan a pensar que los individuos no se limitan a repetir el pasado porque el pasado no es una cosa, una entidad concreta, finalmente éste sólo surge a través de las historias que se crean en el presente.

El presente puede ser otro lente con el que se ven pasado y futuro. Cuando en el presente lo único que hay son relatos de dolor, vacío y desesperanza, es probable que el pasado se vea de la misma manera; que lo único que se recupera de él sean las historias de crisis o de pérdida.

Ante la ocurrencia de una muerte se pierden planes y expectativas concretos; las historias que se contaban para el futuro dejan de tener sentido. En un conjunto de historias en las que no se puede incluir al ser querido es probable que los individuos se queden *sin la posibilidad de vislumbrar un futuro satisfactorio*.

Si alguien llega a generar una historia o una conversación acerca de un futuro satisfactorio o con nuevas metas, quizá los individuos logren, en el presente, generar nuevas formas de comportamiento y relación que los acerque a ese futuro.

A veces, una muerte implica el cambio de una visión de la realidad satisfactoria y coherente a una visión llena de piezas desconectadas y sin sentido (McGoldrick, 1991). Aún cuando las historias acerca de la muerte tomen una forma coherente;

esa historia puede resultar totalmente ajena al resto de las historias. De este modo, la continuidad se rompe, el pasado no parece haber servido de nada y no hay un camino hacia donde dirigirse al futuro.

4.1.8. Historias acerca de la culpa

En este proceso constante de desechar, crear y modificar historias; en algún punto pueden construirse historias cuyo tema central es la culpa, es decir, historias en que un individuo aparece como el responsable o causante de la muerte.

Las historias acerca de la culpa no parecen ser historias que funcionan; especialmente cuando el culpado es un miembro de la familia, sólo conducen a un círculo vicioso de acusaciones, castigos, torturas y aislamiento. En este proceso se obstruye la posibilidad de que el individuo se vea a sí mismo como un sujeto competente que controla su conducta y se adapta a los cambios; en estas circunstancias se obstruye la creación de nuevas conductas y significados (Epston, 1991).

No debe entenderse que es una historia permanente, toda historia es siempre susceptible de ser modificada. Tal vez la historia acerca de la culpa es un intento por mantener la visión previa de la realidad, sin embargo ocasiona relaciones conflictivas o el aislamiento.

Esto hace a la historia de la culpa parte de un proceso más amplio que va dirigido a expresar la emoción causada por la pérdida; puesto que una manera de hacer más manejables las emociones propias y ajenas es produciendo historias.

4.1.9. Los mitos

Hasta este momento se ha abordado fundamentalmente lo que aquí se denomina el nivel de la narrativa, la construcción de historias concretas y su efecto sobre otras historias. Pero el investigador siempre tiene la posibilidad de ver un fenómeno desde distintos niveles, así puede abstraer los elementos comunes a todas las historias para observar los mitos.

Los ejes del mito que mayor impacto tienen sobre las interacciones interpersonales son la imagen que la familia tiene de si misma y la imagen que tiene de su mundo. Ante la ausencia definitiva de uno de sus miembros ambas imágenes se ven alteradas y tienen que ser desechadas, ampliadas o reconstruidas.

Quizá es por ello que una muerte tiene ese impacto desestabilizador sobre la visión de la realidad familiar; no se trata de un montón de historias en las que la muerte es una que simplemente se agrega y se pierde entre ellas. Por el contrario, es una historia, aparentemente pequeña, que a la manera de una piedra lanzada sobre el agua genera ondas minúsculas que llevan a la formación de ondas cada vez más grandes.

Estas ondas causan una fractura en la imagen que la familia tiene de sí misma, hacen que deje de ser compartida. Cada individuo emprende un proceso de reflexión personal en el que se cuestiona acerca de la utilidad de esta imagen, al mismo tiempo que intenta remodelarla. En este proceso surgen distintas imágenes familiares que tienen que conciliarse a través del diálogo.

Aunque se logre una nueva imagen, la historia de la muerte puede llevar a la familia a verse a sí misma carente de una pieza, mutilada. En consecuencia, el mundo se juzga como caótico, incontrolable y malo.

Siempre existe el riesgo de que estos dos mitos pueden convertirse en unidades estáticas e inmodificables, descartando otros mitos creados a lo largo de la historia familiar. También siempre existe la posibilidad de la evolución, los nuevos mitos se construyen como parte de un proceso, que llevarán a una nueva manera de definir a la familia y al entorno, o en el que los mitos existentes se agregan a los nuevos.

En este proceso los mitos que existían antes de la muerte no se vuelven automáticamente inservibles, por el contrario son una manera de explicar el evento, una fuente de las que emergen interacciones que ayudan a resolver la crisis.

Si los individuos logran explicar la muerte con los mitos existentes; la experiencia puede volverse no un catalizador del cambio, sino una confirmación y estabilización de los mitos existentes. Cuando la confirmación del mito contribuye a que los individuos se sientan satisfechos con el modo en que enfrentaron la experiencia, el observador no tiene porque juzgar negativamente esta aparente falta de cambio.

La anterior idea se aplica en el caso de los mitos acerca de la espiritualidad y religión, en donde la ocurrencia de una muerte puede confirmar la visión que con respecto a este mito tiene la familia. Simultáneamente estos mitos explican la causa de la muerte y modifican las emociones que produce, en síntesis, son una fuente de apoyo.

Cuando estos mitos no existen, o cuando no se tiene una visión sólida de estos temas, será más difícil atribuirle un significado con el que la familia se sienta satisfecha (McGoldrick y Walsh, 1991).

La relación entre la muerte y los mitos acerca de la religión puede tomar la dirección opuesta: la experiencia termina por desorganizar al mito; las emociones de los individuos originan una divergencia entre la situación actual y la visión espiritual (Prest y Keller, 1993). Al igual que con otros mitos, la persona puede

renunciar a ellos, adoptarlos cuando no eran parte de su visión, o leerlos de distinta manera (DeFrain, 1991).

4.1.10. Muerte e identidad

El self, el sí mismo, proviene de cada experiencia y cada relación que la persona ha tenido a lo largo de su vida; cada una ofrece a la persona un espejo en el que se puede ver reflejado. Para que la persona obtenga una imagen nítida en esta multitud de espejos, necesita iluminarlos con historias.

La persona elige qué imágenes iluminar y cuáles dejar en la oscuridad, después sobrepone este conjunto de imágenes y crea esa unidad aparentemente coherente y estable a la que se llama identidad. Sin embargo cuando alguien muere, la imagen que ese alguien ofrecía a su ser querido se apaga, deja de iluminar a la persona.

En un contexto de una experiencia desconocida, de historias disociadas, de una imagen difusa de la familia y del entorno; la identidad individual entra en un proceso de desorganización y evolución.

Inmerso en esta desorganización el individuo necesita de una pieza firme de realidad con la que se pueda sostener; ante otras experiencias de crisis el individuo puede verse con los recursos suficientes para controlarse y resolver la situación. Pero en el caso de una muerte la situación es irreversible, no hay solución posible,

al mismo tiempo que el individuo se da cuenta de ello se ve dominado por sus emociones.

La persona pierde entonces todo sentido de habilidad, de intencionalidad y de fortaleza; pierde la posibilidad de construir realidades alternativas.

No es extraño que en esta situación la persona pase por un proceso en el que le surgen ideas contradictorias, incontrolables e "irracionales", que incluso llegue a dudar de su "cordura" (DeFrain, 1991).

El sujeto activo, con intención y con posibilidades de acción; deja de serlo cuando el único espejo del que dispone para verse reflejado es su situación actual, si la única historia que hay es la de la emoción, el individuo la iguala con su identidad.

El individuo toma una historia única para su self actual, que difiere radicalmente del conjunto de historias de su antiguo self. Probablemente, la persona ve como inconcebible la posibilidad de coexistencia de ambas visiones, de manera que en esa serie de espejos, viejos y nuevos, no encuentra ninguno que le devuelva una imagen satisfactoria.

De alguna manera la persona tiene que desplazarse de esta imagen incoherente y desorganizada a una nueva imagen que le permita reconstruir un sentido de

competencia. Ambas imágenes son extremos de un continuo, movilizarse de un lado a otro es posibilitado por *un proceso de reflexión*.

En este proceso cada individuo se hace preguntas y busca respuestas para ellas (DeFrain, 1991); la reflexión y el cuestionamiento se inicia por aislado, quizá la persona logra invitar a alguien a este proceso para convertirlo en diálogo.

La "curación", la resolución de la crisis, no se encuentra en las preguntas, mucho menos en las respuestas, porque en un inicio nada parece tener respuesta clara.

Más bien, cada pregunta origina diferentes respuestas, las cuales conducen a formular nuevas preguntas; de esta manera se pone en marcha un proceso en el que el sujeto transforma en palabras e historias su experiencia. Poco a poco, el proceso de reflexión se enriquece a sí mismo y el sujeto gana posibilidad de acción: "el cambio es la evolución de un nuevo significado a través del diálogo" (Anderson y Goolishian, 1988; p.372).

La oposición antiguo yo -nuevo yo, se transforma en la búsqueda y reconstrucción de pequeñas piezas de imagen; la emoción es una fuente de reflejos, pero en el proceso de reorganizar la vida cotidiana la persona crea nuevas conductas, quizá nunca antes contempladas por él. Así, dispone de una nueva manera de construir su yo, puede elegir verse como un ser abatido o fortalecido.

Ante la ausencia del espejo que ofrecía la persona que murió, quien le sobrevive tiene distintas posibilidades. Quizá intente abandonar por completo el recuerdo de la persona, al hacerlo abandona también las historias que contaba y que le daban forma (White, 1994), deja de lado el conjunto de conductas y papeles que desplegaba ante el ser querido, ahora muerto.

Si este desechar versiones del yo, no va acompañado de la construcción de nuevas versiones, probablemente la persona se quede con una sensación de vacío, de no saber quién es, que no le permite buscar en sí mismo conductas y fuerzas que le permitan adaptarse a la experiencia.

Siempre existe la posibilidad de recurrir al pasado en la reconstrucción de la identidad, de traer al presente las leyendas que la persona muerta contaba, particularmente aquellas que definían la identidad de la persona en duelo. En esta vuelta al pasado la persona se ve a sí misma a través de otros ojos, de los del ser querido, a través de los ojos del antiguo self (White, 1994).

De este modo se logra mantener una nueva forma de conectarse con la persona pérdida, es una conexión que posibilita la independencia y el movimiento personal.

La posibilidad de visualizar un futuro lejano en el que la persona puede verse como "recuperada" o "restablecida" es una forma alternativa de redefinir el self presente a partir de una historia futura.

Usar los espejos del pasado y el futuro para ver una nueva parte de la imagen personal ayuda a juntar las piezas del yo, que por la muerte quedaron fragmentadas. En el presente no sólo la experiencia y la emoción de la muerte proporcionan imágenes, también las personas que rodean al individuo y sus historias son fuente de versiones del self.

Aún así en algunas ocasiones la relación entre el individuo y la persona tenía características únicas: la muerte de una pareja, de un hijo único. La persona tiene un repertorio de acciones y relatos, no necesariamente tiene el contexto en donde mostrarlos; la búsqueda de nuevos contextos puede ser un territorio en el que la persona use este repertorio, la unión del repertorio viejo y el contexto nuevo da origen a un self distinto.

Desafortunadamente, no todas los espejos de la identidad devuelven una imagen satisfactoria. La persona que murió podía ofrecer imágenes enriquecedoras, pero también empobrecedoras, la muerte de la persona puede implicar la muerte de la imagen que sofoca o aplasta al individuo.

Cuando hay otros espejos y otras luces con que iluminarlos, la muerte de la persona puede constituir una "ganancia", en el sentido de que abre la posibilidad de un self con intención y fuerzas que estaba oculto por la historia de la persona que murió. En otras ocasiones, el tener una identidad insatisfactoria puede ser mejor que no tener ninguna identidad, ante la carencia de historias diferentes, la persona emprende un largo camino en el que dejar paulatinamente de lado la imagen opresora y donde, quizá por primera vez tenga la libertad de escoger, de ser autor de su propia historia.

Es posible que a lo largo de la reflexión personal y el diálogo interpersonal, la división entre el yo antiguo, el actual y el futuro; entre el yo empobrecido y el yo con posibilidades, se disuelva.

El resultado no es de ninguna manera la repetición de ninguna de estas versiones, el proceso es un puente entre lo familiar y lo desconocido que sirve para recuperar la posibilidad de acción y construcción.

En cada momento que surge una versión diferente, las anteriores se transforman; no se trata de un apilamiento de historias, sino de una evolución en la que lo viejo toma nueva forma en el contexto de lo desconocido. La nueva forma del self modifica a su vez al contexto; poco a poco, el sujeto se transforma y se enriquece en el proceso.

La persona agrega y quita espejos, la combinación de reflejos y la iluminación es diferente. Aparece una imagen nueva y nítida, que en el futuro se someterá varias veces al proceso de desorganización y evolución aquí descrito.

4.2. Conversaciones y circunstancias de la muerte

Hay una diferencia substancial entre este capítulo y el anterior; en el anterior se describen acciones, en éste conversaciones; se habla de dos ámbitos distintos aunque interrelacionados, el de la conducta y el del significado.

El observador que se mueve en el ámbito de la conducta señala que hay diferentes reacciones dependiendo de las circunstancias en que ocurrió la muerte. En el nivel de la conversación, los diferentes significados que emergen como resultado de una muerte están delimitados parcialmente por *quién* participa en la relación; las circunstancias en que ocurre la muerte determina parcialmente las personas o sistemas que van a intervenir en el proceso de generación de significados.

Estas circunstancias también pueden delimitar el rango de temas iniciales alrededor de los cuáles se crean historias; en consecuencia, se puede afirmar que cada circunstancia particular en que ocurre una muerte, coloca la interacción y la creación de historias en un contexto diferente, que a su vez lleva a un resultado diferente.

4.2.1. Muerte por enfermedad terminal

Una muerte por enfermedad terminal ocurre en un contexto distinto que el de otras muertes; la enfermedad terminal involucra un proceso de negociación de significados que se pone en marcha desde el momento en que se da el diagnóstico; dicha negociación implica a diversos sistemas: el enfermo, la familia y el personal médico.

Para el sistema médico, el diagnóstico tiene su base en hechos claros y precisos; ellos tienen el tipo de relación que les permite entender o construir la enfermedad de esa manera. Cuando el diagnóstico se comunica a la familia se convierte en un relato cuyo contenido varía dependiendo del tipo de relación entre el sistema médico y familiar.

El sistema médico comunicará el diagnóstico de distintas maneras, se incluirá a algunos miembros, a algunos se les impedirá escuchar el relato o hablar de él (Rolland, 1990). De esta manera el sistema familiar y cada uno de sus miembros interpretarán de distintas maneras el diagnóstico, en función de la parte del relato que hayan escuchado, de la posibilidad de conversar acerca del tema y de lo desconocido que resulte el diagnóstico.

Las variaciones en la interpretación o lectura que se da al diagnóstico varían no sólo en función del contexto presente, sino también del pasado, de las leyendas que la familia haya construido a lo largo de su historia transgeneracional acerca de la enfermedad y de las que haya incorporado de su religión y su cultura.

Después de la entrega del diagnóstico, la familia que enfrenta una enfermedad terminal se ve envuelta en un conjunto de experiencias que difieren de las que ocurren ante otras muertes. Las historias creadas son por lo tanto diferentes, ya que la familia tiene que construir significados no sólo alrededor de la muerte sino de la enfermedad, la incapacidad física que involucra, el sufrimiento y el dolor (Rolland, 1990).

La muerte del enfermo se ve de distintas perspectivas, como un evento lejano y controlable, como un evento cercano e inevitable, como algo presente o pasado. En cada uno de estos distintos momentos del tiempo la familia creará un relato distinto acerca de lo que significa la muerte de la persona, se trata de una historia en evolución constante.

Este relato es cuestionado y modificado por los sistemas que decidan incluirse o excluirse en la conversación, también por la conciliación entre el relato cambiante del sistema médico y el relato de la familia, en particular acerca de las expectativas de la salud del enfermo.

Las historias acerca de la religión juegan un papel importante pues son ellas las que determinan el significado que se adscribe a la función del sufrimiento y del dolor, las que dan significado al concepto de esperanza; estas historias pueden moldear las decisiones y reacciones de la familia.

A diferencia de otras muertes, el moribundo tiene la posibilidad de hacer oír su voz, de confirmar o contradecir las historias que los médicos y su familia cuentan de él.

El enfermo se enfrenta a una imagen física de sí mismo distinta, la nueva experiencia puede confirmar o contradecir las historias que él había decidido contar acerca de sí mismo. Lo más probable es que esta imagen (entendida como un conjunto de historias) se tambalee; la persona puede aferrarse a ella, renunciar a ella y construir un nuevo conjunto de relatos, o conjuntar elementos de la imagen nueva y la pasada.

Si la persona decide mantener el conjunto de historias que se cuenta a sí misma, puede ser que le ayude a adaptarse a la enfermedad en la medida en que esas historias le permitan generar conductas que funcionen para relacionarse con su familia y para adaptarse a los cambios cotidianos que implica una enfermedad terminal. Por el contrario, la persona puede mantener a toda costa la imagen que

tiene de sí mismo, pero esta imagen hace más difícil enfrentar la crisis o generar nuevas relaciones con el entorno.

La alternativa es buscar nuevos caminos para definir esta imagen, el riesgo es que la persona se vea a sí misma como alguien definido en su totalidad por la enfermedad, por esta vía el enfermo y los otros sistemas implicados, pueden construir un mito inflexible que no ayuda a resolver la crisis.

Este mito puede coexistir con otros mitos si la persona tiene la posibilidad de crear nuevas versiones de sí mismo y de conservar las historias que antes definían su identidad. De manera que la persona deja de ser sinónimo de enfermedad y cuenta con mayores fuerzas y posibilidades de conducta que le permitan adaptarse a la crisis.

Llegar a crear este abanico de historias para la persona que sufre de una enfermedad terminal es un proceso que exige de la participación y confirmación del sistema familiar y el sistema médico.

Sólo se llega a este abanico de historias a partir de un proceso abierto de diálogo y conversación; pero generalmente estos sistemas están inmersos en un contexto en el que no se crean historias acerca de la enfermedad y la muerte, en donde tales experiencias se censuran.

El proceso de comunicación que corresponde a este contexto es uno de doble vínculo, en donde el enfermo intenta dar sentido a su experiencia y por lo tanto intenta conversar acerca de ella; el enfermo queda atrapado en una situación en la que no puede reconstruir su identidad porque cada visión que presenta a los otros es rechazada; de manera que queda aislado y le es más difícil alcanzar una visión coherente de sí mismo que incorpore la experiencia de la enfermedad y la proximidad de la muerte.

Incorporar la experiencia de la enfermedad a la visión de la realidad familiar se vuelve más fácil en una familia que ha creado el mito de que es capaz de dominar y salir adelante ante las adversidades, de igual manera pueden tolerar mejor situaciones de ambigüedad (Rolland, 1990). Esto lleva a pensar que la imagen que el sistema familiar tiene de sí mismo influye en las reacciones y en los modos en que se construye la experiencia de la enfermedad.

El resultado final de la enfermedad, la muerte, puede resquebrajar esta imagen, cuando el mito es asumido como una verdad inmodificable, el sistema puede crear historias que culpan al sistema médico de la muerte; de esta manera la imagen familiar se conserva. Sin embargo este tipo de historias no parecen contribuir a incorporar, de manera satisfactoria, la experiencia de la muerte a la visión de la realidad familiar (Rolland, 1990).

Otro posible camino es que la familia cuestione este mito, y los otros mitos que definen su imagen; la familia puede salir del proceso sin un sentido de identidad definida, o puede terminar con una visión de sí misma como fracasada o perdedora (Rolland, 1990).

Ningún mito puede ser etiquetado como "el mejor" para adaptarse a una enfermedad terminal o a una muerte por esta causa, más bien es la flexibilidad de los individuos para negociar significados lo que facilita la adaptación a estas crisis. No necesariamente, se tiene que renunciar a una visión de la realidad para sustituirla por otra, también se pueden incluir en una misma visión las historias del pasado y del presente, las de distintos individuos o sistemas.

4.2.2. Suicidio

El concepto de suicidio corresponde más a una etiqueta arbitraria con fines legales o médicos que a un hecho comprobado; quien construye esta etiqueta se basa en los conceptos de voluntad e intención; pero "los cadáveres no llevan rótulos que nos digan de qué modo llegaron a ese estado" (Gergen, 1992; pp.128).

Se puede determinar con precisión las causas físicas de una muerte (realidad de primer orden), pero no se puede saber si el individuo que murió tenía la intención de morir o si lo hizo voluntariamente, eso corresponde a una realidad de segundo

orden: "...los suicidios no son 'hechos del mundo' sino el producto de la perspectiva grupal" (Gergen, 1992; pp.129).

El suicidio no constituye una manera socialmente aceptada de morir; en este contexto es difícil que la familia y el sistema médico o legal lleguen a un consenso acerca de cuál es la "verdadera" causa de la muerte.

El investigador de la salud mental sí tiende a aceptar la etiqueta suicidio, a confundirla con la realidad; él asume la construcción cultural del suicidio como algo que va en contra de las "leyes de la naturaleza", en consecuencia, lo ubica en el terreno de lo patológico.

Bajo este pensamiento, una conducta patológica como el suicidio, sólo puede tener una causa patológica, que a su vez sólo puede traer consecuencias igualmente patológicas. El investigador de la salud mental construye como teoría para el suicidio un círculo vicioso en el que la familia participa y lucha por mantenerse, aún a costa de la vida de uno de sus miembros, se piensa que son familias "congeladas en el tiempo".

Ante esta visión de las familias en las que ocurre un suicidio el investigador puede pensar que es imposible adaptarse a una muerte de este tipo y sobre todo, que un suicidio no genera cambios en la construcción de la realidad familiar.

En una postura que sostiene que las familias se encuentran en constante cambio, se vuelve complejo dar una explicación al suicidio en términos de una causa concreta, sin embargo se pueden crear hipótesis que describan esta experiencia a partir del proceso de construcción de la realidad y que proporcionan elementos para entender la reacción de la familia ante esta muerte.

Una de estas hipótesis es que las experiencias de la persona contradicen cada vez más el conjunto de mitos que guía su visión de la realidad; hay una ruptura en la imagen que tiene de sí mismo, de y del mundo. La persona tampoco ha podido crear una visión alternativa que le permita dar un nuevo significado a esas experiencias o modificar sus mitos (Gutstein, 1991).

Puede pensarse también que la persona sí construye visiones alternativas de la realidad, pero su familia las ignora o las rechaza; fuera de este sistema la persona no tiene quien le dé nuevas definiciones o acepte las que ha estado construyendo.

Un sistema que no acepta nuevas versiones de la realidad, puede estar tratando de imponer a la persona versiones que no le funcionan y que ya no funcionan al sistema familiar; posiblemente se trata de un sistema en conflicto en donde cada parte intenta hacer valer su visión de la realidad.

La persona se encuentra en una situación en donde tiene que escoger entre renunciar a las relaciones afectivas con su familia o a su visión de la realidad, pero ninguna opción resulta satisfactoria. El sujeto se enfrenta a una situación sin escape en la que tampoco puede generar historias acerca del futuro, no puede visualizarse viviendo una realidad distinta.

Paralelamente, la persona construye un significado para el acto del suicidio para su muerte, que le permite ver ambas cosas como una opción viable. Se ignora cuáles son las historias o mitos que las personas crean alrededor del matarse y de morir (aunque se han descrito tales significados, estos se basan más en una imposición de una teoría que en escuchar la voz de quienes han intentado suicidarse).

Quizá el individuo logre tolerar esta visión empobrecida de sí mismo, pero en una situación de crisis el individuo carece de una red de mitos diversos a los que recurrir, por lo tanto no puede poner en práctica conductas destinadas a resolver la crisis, su intento de solución es el suicidio (Gutstein, 1991).

Parece que el suicida participa en un sistema de interacción rígido y con una visión única de la realidad que se trata de mantener a toda costa; podría concluirse que la capacidad de este sistema para generar nuevos significados una vez ocurrida la muerte por suicidio es nula. Hay que ser cuidadosos, no pensar en términos

lineales de causa-consecuencia; de otra manera se puede caer en la explicación del círculo vicioso que relega por siempre a la familia al terreno de lo patológico.

En este texto se parte de la base que la familia no quiere que ocurra la muerte de un ser querido, una muerte "antes de tiempo" es casi siempre construida como un evento doloroso aunado al hecho de que un suicidio es estigmatizado por el contexto social. Con esta base se puede afirmar que un suicidio sí pone en marcha una crisis, un proceso de cambio en la construcción previa de la realidad.

Este proceso se pone en marcha desde el momento en que el sistema médico o el legal entregan la noticia de la muerte, noticia que va acompañada de la etiqueta suicidio.

La familia puede aceptar o rechazar esta etiqueta; puede ser todo el sistema el que decida aceptarla, pero puede haber una falta de consenso entre sus miembros. La familia se ve envuelta en un cambio de visión de la realidad, en el que tiene que manejar las distintas versiones acerca de la causa de la muerte; además a lo largo del tiempo, los miembros pueden cambiar su opinión al respecto de si fue o no un suicidio.

Si la familia acepta la etiqueta suicidio, se enfrenta a la tarea de buscar "la razón" por la que la persona se quitó la vida; este proceso se refiere a la búsqueda de un significado que encaje de manera coherente en la visión de la realidad de la familia.

La familia puede construir este significado a partir de las leyendas existentes, si antes ya han ocurrido suicidios y si estos se han convertido en historia, es probable que la familia reproduzca las acciones y significados impresos en esas leyendas.

Si no existen historias acerca del suicidio y si no se han censurado deliberadamente en el pasado; la familia se enfrentará a una situación desconocida y por lo tanto desequilibradora.

A lo largo de la búsqueda de significado los distintos miembros de la familia generan historias para explicar este evento desconocido, un posible resultado es una historia cuyo tema es la culpa. Esta surge especialmente en una situación como el suicidio, en la que los individuos se ven a sí mismos viviendo emociones que no son las que "deberían tener" ante la muerte de un ser querido.

Además del tema de la culpa, la familia no tiene muchas opciones que embonen con la visión previa de la realidad, la familia tiene que crear una nueva visión. A diferencia de otras circunstancias en que ocurre la muerte; no es tanto la imagen

del mundo lo que se pone en duda, dado que no es un hecho azaroso lo que causó la muerte, sino la imagen que la familia tiene de sí misma.

El sistema familiar se enfrenta entonces a una visión poco coherente de sí mismo, empieza a cuestionarse acerca de su relación con la persona que murió y con los otros miembros. Aquellos individuos que se sentían satisfechos con su antigua visión de la realidad, empiezan a preguntarse acerca de su posible influencia en la decisión de la persona que cometió el acto, del papel que juega en la familia y de sus acciones; en este momento la persona empieza a vislumbrar la posibilidad de conductas y relaciones distintas.

Cada individuo se pregunta también acerca de la responsabilidad de la familia en conjunto, es probable que se ponga en duda el papel de la familia como protectora de sus individuos; quizá se construya una imagen de la familia como tiránica, si esta imagen se mantiene puede llevar a la separación prematura de sus miembros.

La imagen pasada de la familia puede transformarse en una de tiranía; como parte de este proceso, los individuos se cuestionan acerca de la unión o desunión familiar, del papel de esta imagen en el suicidio. Si sus miembros cambian sus acciones y relaciones pueden empezar a desarrollar una nueva imagen familiar para el presente y el futuro, o a buscar relaciones fuera de su familia que enriquezcan su imagen individual.

En este sistema de interacción que tradicionalmente ha sido descrito como cerrado, el cómo se conversa acerca del suicidio con la red social constituye un punto crucial que transforma los modos en que se reconstruye la experiencia de la muerte y la imagen familiar.

La familia puede bloquear la comunicación y la conversación con el exterior, o solamente censurar toda conversación que gire en torno al tema del suicidio. Por su parte la red social puede abrir la posibilidad de generar nuevos significados, o puede enredarse en el círculo vicioso de conversaciones acerca de la culpa en las que se rechaza a la familia.

Temiendo el rechazo o la estigmatización la familia puede generar versiones distintas acerca de la muerte, una historia pública de una "muerte accidental" que no pone en riesgo la imagen de la familia y una historia privada, en la que se habla de la muerte como algo vergonzoso.

4.2.3. Muerte repentina

A la inversa de una muerte por suicidio, una muerte repentina empieza por crear caos en la visión del mundo, caos que desorganiza la identidad familiar e individual.

Ante una muerte temprana e inesperada; justicia, bondad y orden son palabras que ya no sirven a la persona para hablar de su mundo. Como no sabe cómo hablar de su mundo, termina por ignorar qué es capaz de hacer en él, así la identidad familiar e individual se debilita; para la persona, sus fuerzas, sus cualidades no sirven para solucionar la experiencia, carece de sentido emprender cualquier acción porque el entorno la boicoteará.

En esta atmósfera de desconfianza, el individuo se pregunta acerca del valor de las relaciones interpersonales, de si es viable mantenerlas o crear nuevas, cuando su control sobre ellas es mínimo.

La familia empieza a dudar de aquello que consideraba verdades universales, como la existencia de un dios, o una fuerza suprema (DeFrain, 1991).

La duda y la desconfianza crean desorganización, pero también flexibilidad, porque como no hay nada certero pueden empezarse a contemplar visiones alternativas, que probablemente antes no ingresaban al sistema por ser etiquetadas como "falsas"; aún en el largo plazo los individuos pueden aumentar el número de lentes para explicar la realidad.

Alrededor de una persona joven siempre se crean una serie de expectativas, de relatos acerca del futuro, historias que no sólo hablan de una persona sino que dan

forma a la identidad de los otros individuos y abren el camino para el futuro de la familia.

Ocurre la muerte y las historias del futuro desaparecen, los individuos de generaciones anteriores que veían en los jóvenes una continuación de sus acciones y de su vida, ven amenazada su identidad y la supervivencia de la familia, sobretodo en un contexto en el que para los ancianos la muerte está cerca y una parte de la nueva generación ha muerto.

En el contexto del aparente caos pueden surgir versiones distintas: la de la familia mutilada, la de la supervivencia amenazada y la de imposibilidad de acción o construcción.

Paralelamente, este caos puede dar pie a una revalorización de las relaciones interpersonales y de la familia que conduce a nuevas formas de interacción; así mismo empuja al individuo a replantearse sus propias historias para el futuro, pues la presencia de la muerte "le da urgencia a la cuestión de qué hacer con nuestras vidas" (Rowe, 1989; p.67).

4.2.4. Muerte por vejez

La muerte de un anciano es generalmente construida como una muerte natural, se relata que es el mejor momento para morir; quizá sea esta muerte, particularmente

la que no va acompañada de sufrimiento físico, la que se defina como la "mejor muerte".

En la red de conversaciones en las que el anciano participa, muchas de las personas, incluyéndose a él reconocen la cercanía de la muerte. Este reconocimiento puede ser ignorado, censurado o convertido en relato y diálogo, cuando esto pasa los participantes en la relación tienen la oportunidad de construir un significado común acerca de esta muerte, de esta construcción se deriva la reacción de la familia.

La historia que se cuenta de la vida del anciano juega un papel importante, en la medida en que esta historia corresponda con lo que la cultura y la familia etiquetan como una buena vida, la muerte también será etiquetada como buena.

Se ha dicho aquí que el papel del anciano en la vida organizacional de la familia, no siempre es indispensable, muchos habrán delegado funciones y obligaciones a las generaciones más jóvenes. Cabe advertir que no por ello el investigador debe pensar en esta muerte, ni en ninguna otra, en función de cantidades de dolor: quién sufre más o quién sufre menos, "es mejor no meterse en una competencia olímpica en el reino del dolor y la miseria" (DeFrain, 1991; pp.230).

En una familia que ha construido historias acerca de la futura muerte del anciano, probablemente la transición no resulte una experiencia desconocida porque la historia proporciona una guía de qué hacer y qué sentir en el momento en que ocurre. Quizá la familia sólo ponga en acción sus significados y recursos actuales y los emplee para resolver la crisis, no necesariamente la transición resquebraja tales significados y conductas.

En otras familias el anciano es más que una presencia física, es un portador de historias y de tradiciones, un narrador que construye la identidad familiar. Si los individuos atribuyen un valor importante al anciano y a la tradición familiar, el proceso se conduce entonces por una vía diferente porque se tiene que encontrar una manera de recuperar y reconstruir la historia familiar. En esta evolución la familia puede escoger nuevas formas de conexión con el pasado y/o girarse hacia el futuro.

Siempre que ocurre una muerte el valor que se atribuye a la conexión o la autonomía interpersonal se modifica; las familias que viven la muerte de un anciano también se cuestionan acerca de ello. El anciano puede ser el único punto de unión de la familia, y cuando él desaparece la unión también, por el contrario conservar la unión familiar puede ser una manera de permanecer conectados a él.

La familia que tiene una imagen que pone mayor énfasis a la conexión interpersonal que a la autonomía, hace que la muerte del anciano se lea de manera diferente; se pone en movimiento esta oscilación conductual y de significados entre la independencia y la conexión. La muerte del anciano puede conducir a una respuesta opuesta, o por el contrario a rigidificar la existente.

Parte de esta oscilación tiene su origen en las construcciones contradictorias entre la familia y el contexto; éste último tiende a negar el valor del anciano, a verlo como improductivo. Los individuos se ven en el conflicto de tomar como propias la historias del anciano inservible o de generar una historia propia. Ante la incoherencia entre ambas historias y la dificultad de conciliarlas, la posibilidad de adaptarse a la experiencia disminuye.

En este punto de la descripción aquí hecha, el reto mayor es el de aclarar qué significa la adaptación, la resolución o la curación, individual o familiar del duelo.

Desde una visión meramente funcional o interaccional parece estar claro. Desde el punto de vista de las historias, los mitos y el diálogo no lo está; porque siempre se corre el riesgo de reducir a partes un proceso que dista mucho de ser simple.

Antes que respuestas, hay muchas preguntas por plantear, ¿Cómo se sabe si la persona resolvió su duelo, si su visión de la realidad se volvió más o menos funcional, en dónde empieza y en dónde termina la reacción patológica a la muerte, si es que la hay?

Quizá los menos indicados para resolver estas preguntas son los investigadores o los terapeutas, probablemente no hay nadie mejor para hablar de ello que las personas y las familias que han vivido o están viviendo la muerte de un ser querido.

Hasta este momento de la investigación, ello no ha sido posible, se necesitaba primero pensar que es posible mirar y leer "la realidad" de muy distintas maneras; sin ese cambio no era posible pensar que los individuos comunes y corrientes, no entrenados en temas de salud mental, podían narrar su experiencia y determinar sus propias ideas acerca de lo que la "adaptación" supone.

Si estas ideas hubieran sido consideradas bajo otros lentes, la historia de la persona acerca de la muerte hubiera sido juzgada, desmenuzada, clasificada y traducida al lenguaje de quien conoce "la realidad", pero no hubiera sido escuchada.

Las futuras investigaciones deberían orientarse en la dirección de escuchar los relatos acerca de la muerte, algunos de los posibles caminos de historias y de conversaciones se han delineado aquí, pero el territorio de lo no imaginado es siempre infinito, siempre es posible contar y escuchar las historias de manera novedosa. En estas futuras investigaciones debería ser la persona la que juzgue y aumente los relatos aquí planteados, no al revés.

Antes de escuchar estos relatos es posible bosquejar algunas ideas acerca de lo que podría ser la adaptación o resolución del duelo. En primer lugar, habría que evitar el pensamiento dicotómico que opone salud y enfermedad, que concibe estas distinciones en términos de cosas reales. Así se puede tomar el concepto de equilibrio (Keeney, 1994), el equilibrio implica pensar en la *coexistencia de diferencias*, en donde una cosa no es mala o buena per se, sino por el contexto en el que se encuentra.

En el espacio de los significados, la adaptación a la muerte no está marcada por la existencia de historias en las que se defina como un evento alegre o doloroso, ni

por encontrar el por qué o para qué de la muerte, puesto que muchos individuos no lo llegan a encontrar (Wortman y Silver, 1989); tampoco por una visión más positiva de la muerte.

La llamada adaptación (habría que pensar si este es el mejor término) radica en que el individuo encuentre fuentes alternativas de satisfacción, que le permitan *ser autor* de sus narraciones y de sus acciones. Estas fuentes alternativas incluyen la coexistencia de visiones contradictorias y opuestas de la realidad, también de la misma experiencia de la muerte.

Quizá la definición que algunos individuos tengan del evento no cambie, siempre será "la peor tragedia de su vida"; si a pesar de ello, o junto con ello, el individuo puede iluminar otras partes de su experiencia y de su vida, si puede *decidir* alternar entre las historias del dolor y la alegría, el individuo o la familia estarán en equilibrio.

El equilibrio no significa inmovilidad, por el contrario abre el espacio para el movimiento, para la acción y la construcción. Genera la posibilidad de reflexiones y diálogos en donde surgen historias que se agregan, modifican y acompañan la historia del dolor causada por la muerte.

REFLEXIONES FINALES

Esta sección tiene dos objetivos principales, el primero es hacer una síntesis de las ideas básicas que se expusieron a lo largo de esta tesis; dado que la cantidad de información expuesta en ella es muy amplia, en vez de repetir datos se exponen los puntos fundamentales que reflejan el tipo de pensamiento que es útil para observar el fenómeno del duelo.

El segundo objetivo es reflexionar acerca de las interrogantes que surgen cuando se observa el duelo a partir de la noción de construcción de la realidad; así como trazar las posibles direcciones que esta investigación puede tomar en el futuro.

1.

La reacción de individuos o familias ante la muerte puede ser estudiada desde distintos marcos de pensamiento, desde distintas epistemologías. En este trabajo se le aborda desde un marco sistémico y constructivista, marco que no anula otras descripciones, por el contrario las incluye para aumentar el número de hipótesis.

2.

Como toda epistemología, la que aquí se plantea reconoce que el ser humano se hace preguntas acerca de sus experiencias y que las respuestas a estas preguntas conforman el conocimiento. A diferencia de la epistemología tradicional, ésta invita a reflexionar sobre las preguntas, no sobre las respuestas: quién las hace y

cómo las hace; se encuentra así que preguntas diferentes llevan a respuestas diferentes.

Ambas epistemologías concuerdan en que las preguntas son hechas por el ser humano, la visión tradicional afirma que la realidad responde; la visión constructivista afirma que la realidad permanece silenciosa, que siempre es el observador el que contesta, su respuesta es el resultado de una invención, es una construcción.

De la diversidad de respuestas que el ser humano construye muchas se desechan, por lo tanto se les califica de falsas; otras resultan útiles para un grupo de científicos, entonces ellos las empiezan a aceptar como "la realidad". Esta realidad es producto de la mutua influencia de observadores-preguntas-respuestas, en donde los tres se modifican mutuamente.

3.

En el terreno del duelo, la epistemología constructivista invita a pensar en cómo se hacen las preguntas, es decir, cómo se inventa o construye la teoría. Toda descripción del duelo, incluyendo la que aquí se propone es el resultado de una cadena de asociaciones-distinciones creada por un grupo de observadores, es decir de un conjunto de elementos que se han conectado y separado para crear la teoría.

De esta manera el observador puede trazar una diferencia entre realidad y descripción de manera que es posible abrir camino a descripciones múltiples, e incluso contradictorias.

4.

Una manera de abrir camino a nuevas descripciones es ampliar el campo de observación, cambiar de una visión individual o interna del duelo a una visión sistémica, en donde cada sujeto cambia y es cambiado por las acciones de quienes lo rodean. Esta visión conecta un proceso interno con lo que sucede en una amplia trama de relaciones, que incluyen al difunto, a la familia, a la red social y al contexto socio-cultural.

5.

La visión sistémica y constructivista permite dar otro salto cualitativo importante que abre la posibilidad de más descripciones. Un cambio del duelo visto como cosa al duelo visto como proceso, como evolución.

En esta evolución quien vive el duelo no lo hace de manera pasiva, por el contrario tiene un papel activo e intencional. Por eso cada individuo y cada familia tienen su propia manera de transitar por este proceso; cada uno llega por lo tanto a un lugar distinto.

6.

La diferencia de procesos y de resultados puede ser explicada por la idea de construcción de la realidad, en contraste con la idea de aceptación de la realidad que tradicionalmente ha sido usada para describir al duelo.

La construcción de la realidad hace referencia a la actividad humana que está destinada a poner orden, valor y significado a eventos y experiencias. Así como las realidades científicas surgen del círculo de preguntas-respuestas que el ser humano construye, también surgen las realidades que explican los sucesos de la vida cotidiana.

Los miembros de la familia comparten sus preguntas y construyen las respuestas a éstas a través del diálogo; estas respuestas toman la forma de relatos o historias. Las historias proveen de una imagen personal, una imagen colectiva y una del entorno que da continuidad a las acciones y a las relaciones interpersonales.

A través de la narración cada individuo y cada familia obtiene un por qué y un para qué de lo que siente, lo que piensa y lo que hace; adquiere así un sentido de posibilidad de acción y se convierte en autor de sus historias.

7.

La construcción de historias conduce a una manera particular de comportarse y de interpretar el mundo, por ello es útil describir las historias en su relación con eventos y conductas (la experiencia) y con los temas básicos a partir de los cuales el individuo o la familia interpretan su experiencia (los mitos).

8.

Para emplear la noción de construcción de la realidad en la descripción del duelo es importante trazar una distinción entre realidad de primer orden y de segundo orden, que implica una diferencia entre una realidad física o perceptual y una realidad con significado. Cuando un ser querido muere, el individuo o la familia no sólo reconocen su ausencia física definitiva, también construyen un significado para esta ausencia.

9.

Esta distinción permite incluir aún más descripciones porque al separar el relato científico de la realidad se abre paso a una gran gama de relatos acerca de la muerte. De modo que las historias que no son iguales a la historia científica dejan de ser etiquetadas como visiones patológicas o alejadas de la realidad, simplemente se convierten en historias con un significado diferente.

En este trabajo se incluyen las diferentes historias como parte de un proceso de reflexión privado y compartido; en el que los individuos se hacen preguntas acerca de la experiencia de la muerte.

Del círculo de preguntas-respuestas surge la construcción de un significado para la muerte, significado que repercute sobre la identidad individual, la imagen familiar y la imagen del entorno.

Este proceso puede desorganizar los significados convirtiéndolos en piezas desconectadas carentes de continuidad, es por tanto una experiencia que pone en riesgo la capacidad de ser autor y actor. El resultado del proceso de reflexión debería permitir al individuo recuperar su sentido de competencia, su capacidad de construir realidades.

10.

Este texto no es un texto terminado, por el contrario se encuentra en construcción y evolución; inicialmente dio respuesta a las preguntas planteadas, pero estas respuestas han conducido a nuevas preguntas acerca la muerte y de cómo se construyen significados a partir de este evento.

En primer lugar hay que cuestionarse acerca de la descripción experiencia-narrativa-mito; es un bosquejo útil a nivel teórico, sin embargo tiene que probar su utilidad para la observación directa.

11.

Otra interrogante es la dirección que debería tomar esta investigación en el futuro; por un lado podría plantearse la posibilidad de investigar cuáles son los temas más comunes de las historias que se crean después de una muerte.

Esta línea puede ser útil siempre y cuando no se caiga en la creencia de que es posible llegar a una clasificación acabada de las historias. Quizá sea más útil pensar en qué es lo que posibilita el movimiento de un tema a otro, una investigación centrada en procesos, más que en contenidos.

12.

Este texto ha llevado a abandonar muchos de los criterios con los que se juzga la normalidad de la reacción a la muerte, entre ellos el de aceptación de la realidad. Son dos los lentes básicos que en su lugar se proponen para ver esta reacción. El primero es el de equilibrio, del cual se deriva el segundo, el sentido de competencia, de ser actor y autor.

Estos dos lentes hacen que el observador juzgue en función, no de una sola historia, sino del amplio contexto de significados y relaciones con las que esta historia se entrelaza. Por otra parte abre la posibilidad de que sea cada persona quien juzgue su propia reacción; que hable de sus relatos y del modo en que estos la obstruyen o la hacen sentirse una persona con posibilidades.

13.

Esta investigación ha llegado a un punto en el que no puede seguir por sí sola; requiere escuchar la voz de quienes han vivido una muerte. Son estas personas las que pueden hablar de sus historias y de sus conversaciones; de lo que les posibilita el cambio y el desarrollo, aún después de la muerte de un ser querido.

14.

Pensar que cada persona y cada familia construyen su realidad, hace pensar en un mundo diverso, lleno de diferencias. El investigador o terapeuta deberían orientar su labor hacia el reconocimiento de estas diferencias.

La diferencia enriquece la cantidad de historias y los caminos de conversación, incluyendo la que ocurre en terapia, promueve la construcción de significados alternativos y la búsqueda de lo nuevo en el territorio de lo no imaginado.

Incluso en eventos incontrolables e inmodificables como la muerte, el ser humano puede, en esta búsqueda que reconoce las diferencias, crear y recuperar la posibilidad de ser el constructor de su realidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Anderson, H. y Goolishian, H. A. (1988) "Human systems as linguistic systems: preliminary and evolving ideas about the implications for clinical theory." Family Process Vol.27 No.4 pp.371-393.

Anderson, S. A. Bagarozzi, D. A. (1989) "Family myths: an introduction." en: Anderson, S. A. Bagarozzi, D. A. (Eds) Family myths: Psychotherapy implications. The Haworth Press, E.U.

Andolfi M. y Angelo, C. (1989) Tiempo y mito en la psicoterapia familiar. Paidós, Argentina.

Bowen, M. (1991) "La reacción de la familia frente a la muerte." en: Andolfi, M y Nichillo, M. (comp) De la familia al individuo: la diferenciación del sí mismo en el sistema familiar. Paidós, España.

Boss, P. (1991) "Ambiguous Loss" en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

Byng-Hall, J. (1988) "Scripts and legends in families and family therapy." Family Process Vol.27 No.2 pp.167-179.

Byng-Hall, J. (1991) "Family scripts and loss" en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

Corigliano, N. A. M; (1990) "La relación terapéutica en terapia familiar." en: Ackermans, Alain y Andolfi Maurizio. La creación del sistema terapéutico: La escuela de terapia familiar en Roma. Paidós, Argentina.

DeFrain, J. (1991) "Learning about grief from normal families: SIDS, stillbirth, and miscarriage." Journal of Marital and Family Therapy Vol.17 No.3 pp.215-232.

Epston, D. (1991) "Strange and novel ways of addressing guilt." en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

Erickson, C. R. y Hyerstay, B. J. (1980) "The dying patient and the double-bind hypothesis." en: Kalish, R. A. Death, dying, transcending. Baywood Publishing Company Inc. E.U.

Ferreira, J. A. (1977) "Family myths" en: Watzlawick, P. y Weakland, J. H. The Interactional view. W. W. Norton & Company, E.U.

Gergen, J. K. (1992) El yo saturado. Paidós, España.

Gelcer, E. (1983) "Mourning is a family affair." Family Process Vol.22 No.4 pp.501-516.

Gutstein, E. S. "Adolescent suicide: the loss of reconciliation." en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

Hoffman, L. (1981) Foundations of family therapy. Basic Books, E.U.

Hoffman, L. (1990) "Constructing realities: An art of lenses." Family Process Vol.29 No.1 pp 1-12.

Imber-Black, E. (1988) Families and larger systems. Guilford Press, E.U.

Imber-Black, E. (1991) "Rituals and the healing process." en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

Jordan, R. J. (1992) "Cumulative loss, current stress, and the family: a pilot investigation of individual and systemic effects." Omega Vol. 24 No.4 pp.302-322.

Jordan, R. J; Kraus, R. D. y Ware, S. E. (1993) "Observations on loss and family development." Family Process Vol. 32 No.4 pp.425-440.

Keeney, P. B. (1994) Estética del cambio. Paidós, España.

Krell, R. y Rabkin, L. (1979) "The effects of sibling death on surviving child: a family perspective." Family Process Vol.18 No.4 pp.471-477.

Kübler-Ross, E. (1985) Una luz que se apaga. Pax México, México.

Laird, J. (1989) "Women and stories: restorying women's self-constructions." en: McGoldrick, M; Anderson, C. M y Walsh, F. Women in families: a framework for family therapy. W. W. Norton, E.U.

Leick y Davidsen-Nielsen, M. (1991) Healing pain: attachment, loss and grief therapy. Tavistock-Routledge, E.U.

McGoldrick, M. (1991) "Echoes from the past: helping families mourn their losses." en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

McGoldrick, M; Almeida, R; Moore-Hines, P; Rosen, E; García-Preto, N. y Lee E. (1991) "Mourning in different cultures." en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

McGoldrick, M. y Walsh, W. F. (1991) "A time to mourn: death and the family life cycle." en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

Minuchin, S. (1986) Familias y terapia familiar. Gedisa, España.

O'Hanlon, H. W. y Weiner-Davis, M. (1993) En busca de soluciones: un nuevo enfoque en psicoterapia. Paidós, España.

Parry, A. (1991) "A universe of stories." Family Process Vol.30 No.1 pp.37-54.

Paul, L. N. y Paul, B. B. (1982) "Death and changes in sexual behavior." en: Walsh, W. F. Normal Family Processes. The Guilford Press, E.U.

Paul, L. N. y Grosser H. G. (1989) "Operational mourning and its role in conjoint family therapy." en: Green, J. R. y Framo, L. J. Family therapy: major contributions. International Universities Press Inc, E.U.

Prest, L. A. y Keller, F. J. (1993) "Spirituality and family therapy: spiritual beliefs, myths and metaphors." Journal of Marital and Family Therapy Vol.19 No.2 pp.137-148.

Reiss, D. y Klein, D. (1987) "Paradigm and pathogenesis" en: Jacob Th. (Ed.) Family interaction and psychopathology: theories, methods and findings. Plenum Press, E.U.

Riedl, R. (1994) "Las consecuencias del pensamiento radical." en: Watzlawick, P. La realidad inventada. Gedisa, España.

Rolland, S. J. (1990) "Anticipatory loss: a family systems developmental framework." Family Process Vol.29 pp.229-244.

Rosen, J. E. (1989) "Family therapy in cases of interminable grief for the loss of a child." Omega Vol.19 No.3 187-202.

Rosen, J. E. (1991) "Families facing terminal illness." en: Herz B. F. (1991) Reweaving the family tapestry: a multigenerational approach to families. W.W. Norton & Company, E.U.

Rowe, D. (1989) La construcción de la vida y la muerte. Fondo de Cultura Económica, México.

Sedney, M. A; Baker, E. J y Gross, E. (1994) "The story' of a death: therapeutic considerations with bereaved families." Journal of Marital and Family Therapy Vol.20 pp.287-296.

Shnitzer, K. P. (1993) "Tales of the absent father: applying the 'story' metaphor in family therapy." Family Process Vol.32 No.4

Segal, L. (1986) The dream of reality: Heinz von Foerster's constructivism. W.W. Norton & Company, E.U.

Seltzer, J. W. (1989) "Myths of destruction: a cultural approach to families in therapy." en: Anderson, S. A. y Bagarozzi, D. A. Family myths: psychotherapy implications. The Haworth Press, E.U.

Simon, B. F; Stierlim, H; Wynne L. C. (1985) The language of family therapy: A systemic vocabulary and sourcebook. Family Process Press, E.U.

Simon, B. F. (1994) "Perspectiva interior y exterior: Cómo se puede utilizar el pensamiento sistémico en la vida cotidiana." en: Watzlawick, P. y Krieg, P. El ojo del observador: contribuciones al constructivismo. Gedisa, España.

Sluzki, C. (1983) "Process, structure and world views: toward an integrated view of systemic models in family therapy." Family Process Vol. 22 pp.469-476

Sluzki, C. (1991) "Foreword." en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

Sluzki, C. (1992) "Transformations: A blueprint for narrative changes in therapy." Family Process Vol.31 No.3 pp.217-230.

van der Hart, O; Witztum, E. y Voogt, A. (1989) "Myths and rituals: anthropological views and their application in strategic family therapy." en: Anderson, S. A. y Bagarozzi, D. A. Family myths: psychotherapy implications. Ed. The Haworth Press, E.U.

von Foerster, H. (1994) "Construyendo una realidad." en: Watzlawick, P. La realidad inventada. Gedisa, España.

von Glasersfeld, E. (1994a) "Introducción al constructivismo radical." en: Watzlawick, P. La realidad inventada. Gedisa, España.

von Glasersfeld, E. (1994b) "Despedida de la objetividad." en: Watzlawick, P. y Krieg, P. El ojo del observador: contribuciones al constructivismo. Gedisa, España.

Walsh, W. F. (1978) "Concurrent grandparent death and birth of schizophrenic offspring: an intriguing finding." Family Process Vol.17 No.4 pp.457-462.

Walsh, W. F. y McGoldrick, M. (1991) "Loss and the family: a systemic perspective." en: Walsh, W. F. y McGoldrick, M. Living beyond loss: death in the family. W.W. Norton and Company, E.U.

Watzlawick, P. (1990a) "Reality adaptation or 'adapted reality'? Constructivism and psychotherapy" en: Watzlawick, P. Münchhausen's pigtail or psychotherapy and "reality" essays and lectures. W.W. Norton & Company, E.U.

Watzlawick, P. (1990b) "The nature and structure of human relationships." en: Watzlawick, P. Münchhausen's pigtail or psychotherapy and "reality" essays and lectures. WW Norton & Company, E.U.

Watzlawick, P. (1994) "Profecías que se autocumplen." en: Watzlawick, P. La realidad inventada. Gedisa, España.

Watzlawick, P. (1995) El sinsentido del sentido o el sentido del sinsentido. Herder, España.

White, M. y Epston, D. (1989) Narrative means to therapeutic ends. W. W. Norton, E.U.

White, M. (1994) "Decir de nuevo: ¡hola! La incorporación de la relación perdida en la resolución de la aflicción." en: Guías para una terapia familiar sistémica. Gedisa, España.

Wortman, B. C. y Silver (1989) "The myths of coping with loss." Journal of Consulting and Clinical Psychology Vol.57 No.3 pp.349-357.